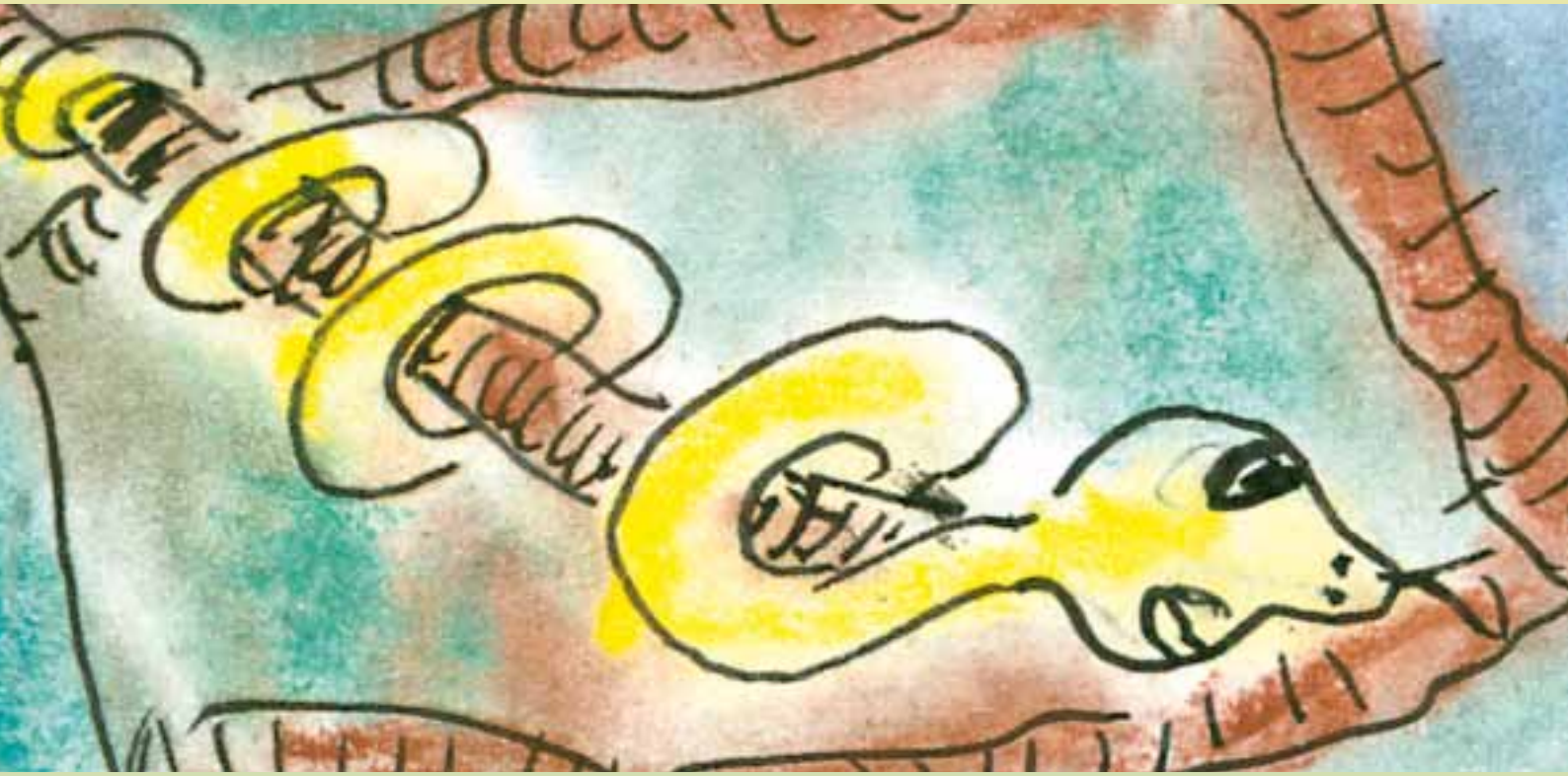
Sybila,
La Dulce Serpiente Oropel



Pedro Menéndez

TARANNÀ Famílias
www.taranna.com

Escrito en Cahuita, Costa Rica,
entre enero y febrero de 2011

Dedicado a Sivana y a sus papis

La Dulce Serpiente Sybila
Es un relato original de Pedro Menéndez
© 2011/ Miércoles, 13 de abril de 2011/11:13 h

Introducción

Sybila pertenecía a un género de reptiles tan malmirados como mal comprendidos. Era ella una serpiente Oropel, pequeñita de tonalidades amarillas y rugosas estrías, que habitaba entre los manglares y palmeras del parque nacional de Cahuita, en Costa Rica. Pero como era bien reconocida como una víbora de las palmeras, ello resultaba un gran obstáculo para que su gran sueño se cumpliese. En realidad, más que un sueño podríamos decir que era su gran ilusión: el conseguir ir a la escuela de los niños humanos. Y si eso no fuera suficiente, los demás cachorros del bosque se burlaban y reían de ella, pues sabían que era imposible que una serpiente Oropel —aunque fuera pequeñita—, acudiera a la escuela con los demás niños.

—Olvídate de esa descabellada idea de una vez, Sybila —le comentó la iguana adulta llamada Rica, una buena mañana, cansada de ver a Sybila entristecida.

La iguana solía cruzar cada mañana por entre los enmarañados ramajes de los mangles hacia el río, para beber agua. Hacía escasas horas que había llegado hasta sus oídos, los comentarios que se hacían acerca de Sybila en la selva

—Pero yo quiero aprender a leer y a escribir —se quejó Sybila.

—¿Y para qué? —quiso saber la iguana.

Rica, era una enorme iguana de colores grisáceos y rayas negras atravesaban su enroscada cola, de siete kilogramos de peso; Rica era una iguana bonachona, sabia y compasiva con todos los cachorros que se encontraba en la selva —aunque fueran de otra especie—. Rica disfrutaba aleccionándoles, para que cuando aquellos cachorros fueran adultos, guardaran un buen recuerdo de ella, y respetasen su vida. Sin embargo, por Sybila se interesó especialmente sin saber muy bien por qué. Sobre todo, trató de convencerla en que desistiera de su sueño en cuanto tuvo noticia de ello. Pues sus ilusos deseos iban a ser muy difíciles de que se cumpliesen.

—A ver, querida Sybila, ¿cuántos animales salvajes conoces tú que sepan leer y escribir?... Es que no entiendo para que quieres adquirir esa clase de conocimientos, en la selva no te van a servir de mucho. Te morirías de hambre porque no tendrías tiempo para aprender a tener destreza, habilidad y control para cazar a tus presas —le explicó Rica.

—Mi mamá me enseñará a tener destreza, habilidad y control. Dormiré menos pero intentaré ir a la escuela.

A la iguana no le convencieron aquellas palabras y desvió la mirada hechizante de Sybila.

—Mira, si de verdad quieres saber para que quiero aprender a leer y a escribir, te lo diré. Con la promesa de que sabrás guardarme el secreto.

—Sybila, por favor. Sabes muy bien que las iguanas somos de pocas palabras. Puedes contarme tu secreto tranquilamente.

—Para describir la vida del bosque de lluvia tal y como sucede, y no como esas fábulas que cuentan los humanos.

—¿Y tú qué sabes de las patrañas que cuentan los humanos? —quiso saber Rica.

—Eso es otro cantar, hermana iguana, que a lo mejor algún día te revelo.

—¿No habrás entrado en contacto con las hermanas hechiceras? —insistió la iguana.

—No sé de quién me hablas, Rica.

—No importa. Si no las conoces aún, mejor. Así que como quieras, Sybila. Si bien, has de saber que no puedes estar en dos lugares a la vez. Si vas a la escuela no te quedará tiempo para adquirir pericia y maña. Nunca sabrás defenderte y tampoco sabrás atacar. Piénsatelo bien.

Dicho esto, Rica siguió su camino elevándose por entre los mangles, en busca de una rama que fuera lo suficientemente gruesa para sostener su cuerpo y que además estuviera expuesta al sol, pues esta variedad de reptiles necesitan del calor solar para sobrevivir...

*****

Capítulo 1

A Sybila se le pasó aquel día volando. De esta manera, fue llegando la noche, escoltada de un refrescante chubasco tropical que producía un agradable sonido entre las grandes hojas verdes de los árboles y palmeras del parque. Olía a tierra mojada, entonces, fue cuando la mamá de Sybila apareció ante ella, arrastrando su largo y zigzagueante cuerpo amarillo, en un silencio total.

—¿Es qué no oyes qué te estoy llamando? —preguntó Bibiana, que así se llamaba su madre. Sybila la miró y no supo que decir.

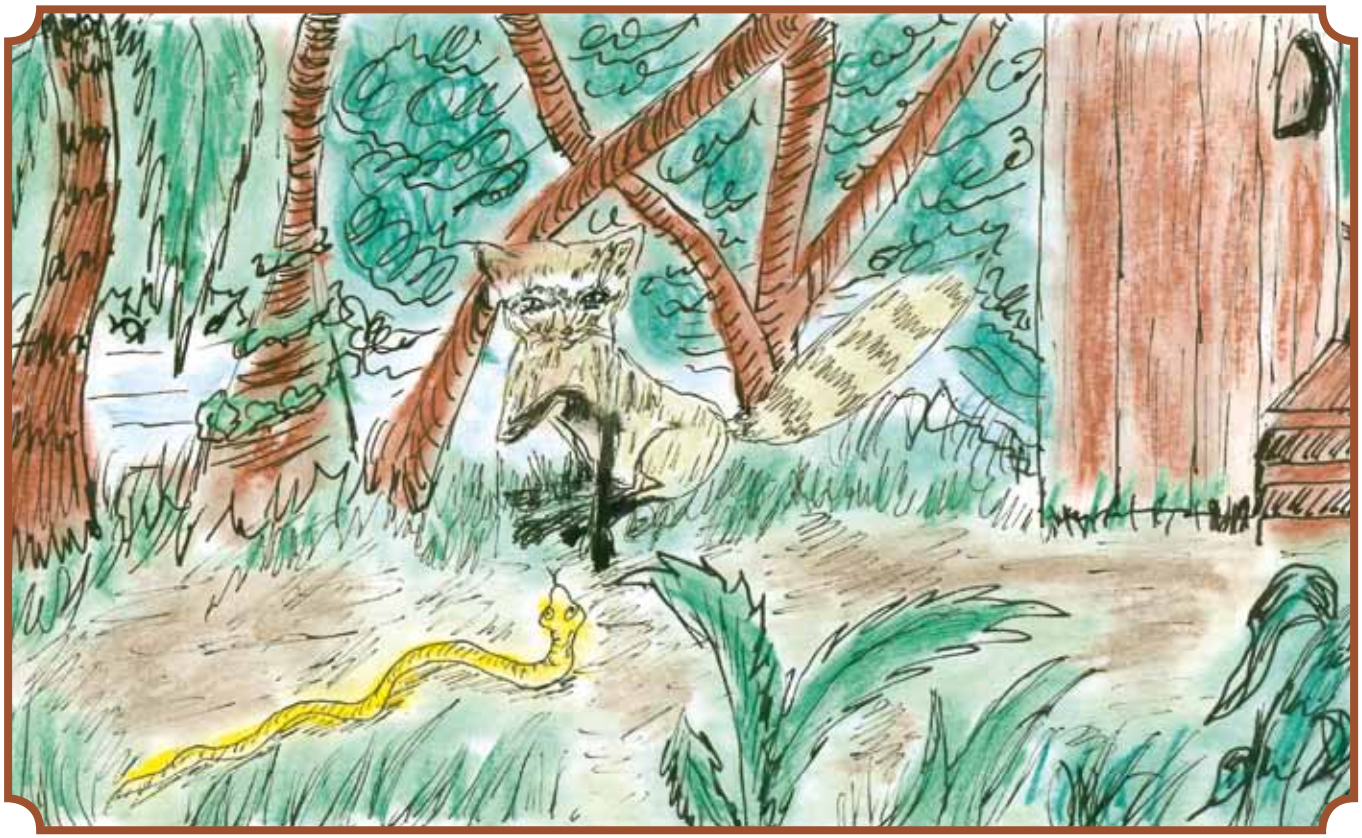
—Sybila, andas siempre distraída y eso no puede ser. Para perdurar en la selva, has de estar en estado de alerta siempre. Hasta cuando dormitas, no deberías bajar la guardia. No lo olvides nunca —explicó Bibiana a su hija, mirándola con ojos maternales.

—Sí, mami —contestó la pequeña serpiente, con gesto de desgana.

—Presta atención a lo que te estoy explicando. Parece como si no quisieras aprender nunca a cazar.

—No es justo, mami. No quiero aprender porque tengo amigos entre otras especies que nunca podría importunar, hostigar o perseguir... y mucho menos, comérmelos, porque ellos han crecido conmigo.

Sybila y su mamá



Sybila y Federica

—Mira por dónde, será esta noche cuando te vas a venir conmigo a cazar. Han pasado unas cuantas lunas desde que viniste a este mundo y ha llegado el momento de que aprendas a valerte por ti misma. Ay, hija mía, el Universo no entiende de justicia y la selva tampoco... Ya te darás cuenta por ti misma. Pero no te preocupes, iremos a una zona de la selva donde no nos conozcan. De este modo, no sentirás lastima por los animales que acosemos, sencillamente, porque no has llegado a conocerlos.

Fue así como la vida de Sybila entró en una nueva etapa. Pese a todo, se pasaba las horas de descanso, imaginando que vivía su gran ilusión que ella nunca había olvidado: su gran sueño de ir a la escuela de los niños humanos, donde se enseñaba a leer y a escribir.

Con el transcurso de las noches y sus correspondientes días, Sybila creyó que había llegado el momento propicio. Sucediendo en una alborada, cuando se pronunció a favor de arañarle tiempo a sus horas de aletargamiento. Siendo de este modo, como en ese amanecer nublado y brumoso arriesgó su amarillo pellejo, aprovechando que su mamá dormitaba. Arrastrándose en silencio, como le había enseñado su mamá, se deslizó por el suelo sigilosamente y también por entre las ramas de los mangles. Cuando su olfato detectaba algún cambio de temperatura en el ambiente, se paraba en seco para observar y escuchar. Fue entonces cuando recordó las palabras de su mamá:

—Recuerda que cuando la temperatura sube, significa que alguna criatura está cerca y a más calor más grande será la criatura.

Sybila en aquella mañana, se sentía presa de una emoción sin límites por dos motivos muy distintos: uno era que se iba a saltar las normas y consejos dictados por su mamá y el otro motivo era el misterio de descubrir qué había después del final de la selva.

Cuando la serpiente Sybila estaba a punto de alcanzar la caseta del guardabosque, apareció en esos instantes una mapache en escena, atravesándose amigablemente en la mitad de su camino.

Se llamaba Federica y era muy amiga de Sybila, por cierto. Aquella mapache no era más grande que un gato. Tenía un buen manto de pelo; sus colores eran pardos y azulados, además de una divertida mirada, entre pícara y traviesa, acompañado de un antifaz blanco que atravesaba sus ojos. Federica sería de su edad, más o menos.

—¿A dónde vas? —le preguntó en un susurro la mapache.

—Oh, no sé si debería contártelo porque mi madre no puede enterarse.

—Hmm... No habrás pensado en abandonar la selva, ¿verdad?

Sybila se quedó mirando a la pequeña mapache y no supo engañar su compañera de juegos infantiles.

—Verás, en realidad, quiero ir a la escuela de los niños para aprender a leer y a escribir.

—¡Estás como un perezoso de colgada! ¿Acaso no sabes lo arriesgado que es abandonar el bosque de lluvia? Creo que primero, deberías saber antes lo que cuentan los dos únicos animales que un día decidieron cruzar el límite de la selva —tan sólo porque fueron vencidos por la curiosidad de querer conocer—. De puro milagro, sobrevivieron.

—Tendré cuidado, Federica, no te preocupes. No pienso atacar a ningún mono sapiens. Nada más que quiero ir a la escuela de los niños —insistió Sybila, tratando de proseguir su camino.

La pequeña mapache de color gris azulado y bellas pinceladas blancas en los párpados, aún la acompañó unos pasos. El sonido del mar caribe se escuchaba de fondo y la inmensidad de sus aguas ya reflejaba el rojo sol, que emergía sobre el horizonte, más allá de los manglares.

—No tienes arreglo, Sybila. Mira, ya se ve el río y eso significa el final de la selva. He intentado convencerte, pero no ha servido de mucho... Yo me regreso. ¡Piénsatelo bien, aún estás a tiempo! A estas horas deberías estar aletargada. Además, cuando el sol esté en lo más alto, crujirá y debilitará tus fuerzas.

—Iré por la sombra y seré cautelosa... Me deslizaré sin ser vista —contestó sagazmente Sybila.

—¡Qué la pases bien y qué te vaya bonito, entonces! —le deseó Federica, poniéndole la patita delantera derecha con suavidad sobre el amarillo y rugoso lomo amarillo de Sybila, quién se quedó mirando entrañablemente a la cariñosa mapache.

—Gracias, Federica. Ahora, debo cumplir mi sueño.

La pequeña serpiente se quedó sola nuevamente, mientras desde lo alto de las ramas de los árboles, los monos aulladores rugían y discutían por su territorio como el resto de los días.

Sybila se hallaba ahora deslizándose por el suelo entablado de la pasarela del guardabosque y a continuación se dispuso a cruzar el puente que salvaba la desembocadura de un pequeño río. Fue entonces cuando escuchó sonidos desacostumbrados para ella, así que con gran agilidad y rapidez se ocultó entre las ramas de los mangles que bordeaban aquel río, disponiéndose a observar y esperar a que el silencio regresara de nuevo. Allí, desde las ramas, vio pasar a un mono sapiens que se desplazaba sobre un artilugio de dos grandes discos que rodaban.

—Eso debe ser una bicicleta —pensó Sybila, rememorando las palabras de Nelson, el anciano mono capuchino que se jactaba siempre de conocer los usos, manías y costumbres de sus primos lejanos, los monos pelados...

—... Son curiosos, esa clase de monos. Fíjate que se hacen llamar monos sapiens y son cualquier cosa menos sapiens. Se han llegado a creer que no son animales como nosotros, sólo porque no se cansan de repetírselo unos a otros...

Sybila sigue a los niños

*****

Capítulo 2

Sybila decidió que llegaría hasta la aldea de Cahuita por entre las arenas y sargazos de la playa. Había oído decir que la escuela de los niños andaba cerca de dónde comenzaba Playa Negra, si bien no sabía exactamente dónde.

—Bueno, tarde o temprano, ahí les voy a ver pasar a los niños, cuando se encaminen a la escuela. Mientras tanto, me esconderé entre las flores y plantas del vergel de aquel refugio humano.

Y así fue, al poco tiempo, Sybila estaba escondida en un jardín y vio a un niño y una niña de temprana edad caminando cerca de dónde ella se encontraba. Aquellos cachorros de humanos llevaban entre sus manos unas láminas de una suerte de celulosa. Sybila debió suponer que eran libros o cuadernos...

—... Los cachorros de los monos pelados se pasan las mañanas mirando fijamente a los trozos de celulosa laminados y garabateados con algo parecido a tinta de calamar —le explicó una vez Edelmira, una mona capuchina que también logró sobrevivir a su paseo por la pequeña aldea de humanos, gracias a su simpatía. Hasta llegó a compartir su vida durante unas tres semanas, con una pareja de mono sapiens que andaba de vacaciones por Costa Rica.

—Así que si decides aparecer por su mundo —prosiguió Edelmira—, nunca te muestres agresiva con ellos, a no ser que te vaya la vida en ello. No obstante, si te sintieras amenazada intenta escapar, antes de morderles o atacarlos...

... Sybila en ese momento, al recordar aquellos sabios consejos, sintió miedo. Había escuchado infinidad de veces en la selva, que había que cuidarse de los monos sapiens porque eran los animales más traicioneros y mezquinos del Planeta. Y por primera vez en su vida, reparó en su desamparo y soledad. Ahora, comenzaba a comprender porque la mayoría de animales salvajes no abandonaba nunca la selva. Demasiado tarde para regresar —pensó.

Pese a todo, Sybila mientras esperaba, tuvo una idea luminosa y resolvió seguir los pasos de unos niños que pasaron a su lado, pero se asustó al escuchar el estruendoso ruido de un nuevo artilugio para ella, Esta vez el invento aquel tenía cuatro ruedas que giraban a gran velocidad —más rápido que la bicicleta—. Además, por la parte de atrás, soltaba una especie de bruma que a Sybila le pareció que olía feo.

—¡Vaya, están más locos de lo que había imaginado! ¡Shishss... Si me descuido acabaré aplastada por esos malditos cacharros! ¡Mira, otra pareja de cachorros humanos que van en la misma dirección que los otros! —se dijo Sybila a si misma, en tanto sorteaba el carro—. Sin duda, que van a la escuela.

Animada y con nuevos bríos, la dulce serpiente Sybila se deslizó sobre la hierba de aquel jardín, guiándose por el sonido que producían los niños al caminar. Entonces, se sintió muy, muy acalorada; como nunca anteriormente se había sentido...

Sybila en la escuela

—... El calor del sol irá debilitando tus fuerzas —recordó en ese momento Sybila, las advertencias de Federica, la mapache...

Y Ahí fue cuando comenzó a sudar a través del pellejo de su cuerpo. Desesperada buscó una sombra donde protegerse de aquella insolación que jamás hubiera imaginado. Así acabó refugiándose entre unos matorrales que se hallaban cerca de un gran refugio humano que ella supuso que era la escuela, pues observó como poco a poco diversos niños se iban introduciendo en fila en su interior.

Al cabo de un tiempo una mona pelada adulta de larga cabellera negra, como la cola de una yegua, cerró la puerta. Sybila se quedó esperando a ver que pasaba a continuación. Escuchó primero la voz de la que supuso sería la maestra; después un coro de niños la contestaba.

—Vamos, niños, ¿la C con la O? —entonó la maestra.

—Coooo —contestó el coro.

—La L con la I? —insistió la profesora.

—Liii —repusieron todos los niños a una sola voz.

—La T con la A? —volvió a cantar la maestra.

—Ta —modularon los niños y niñas.

—Entonces, leído todo junto, ¿será?

—COLITA.

—Eso es; la colita de los pájaros, por ejemplo —explicó la profesora.

Sybila se sintió atraída por aquellos armoniosos sonidos producidos por la maestra y sus alumnos. Así que resolvió desplazarse, trepando por unos arbustos hasta una suerte de agujero protegido por una lámina de un mineral transparente —la ventana de cristal—. Desde allí, observó el interior de la escuela. La maestra dibujaba garabatos sobre una alargada piedra de pizarra plana que parecía estar incrustada en la pared, y se acompañándose de una fina vara de madera con la que iba señalando las letras para que los niños las pronunciaran.

—Deben estar aprendiendo a leer —pensó Sybila.

Pero entonces, ocurrió lo inevitable, pues una de las niñas, al descubrir la cabecita de Sybila asomada por el cristal de la ventana, chilló con gran ímpetu. La pequeña serpiente se tensó toda entera, poniéndose en estado de alerta, saltando de un fuerte impulso y saliendo de allí a toda velocidad. Menos mal que tuvo tiempo de alcanzar nuevamente el matorral. Echó un vistazo hacia atrás con un rápido giro del cuello y descubrió con asombro como dos monos sapiens adultos se encaminaban hacia el matorral dónde ella estaba escondida. Los dos monos sapiens meneaban sus extremidades superiores haciendo grandes aspavientos y emitiendo sonidos guturales como si estuvieran verdaderamente enojados; muy similares a las resonancias que producían los monos congos.

Sybila escondida

Sybila de regreso al parque

Sybila supo que de alguna manera se acababa su tiempo. Buscó la playa desesperadamente y como último recurso, pues aquellos desagradables monos pelados se le estaban echando encima.

Suerte que la fortuna esta vez le sonrió, logrando despistar a los humanos, sin saber muy bien cómo lo había conseguido. Quizá mimetizándose con los restos de limo mojado que traía el mar —alcanzó a pensar.

—¡Uf, por poco me pillan! —resopló Sybila quien no cesó de deslizarse en rápidas eses hasta que extenuada y con la lengua fuera, llegó por fin a Kelly Creek, el puesto del guardabosque del parque nacional.

Encaramada en una rama, se hallaba Rica, la iguana que días atrás había advertido a Sybila acerca de los peligros de abandonar los límites de la selva.

—¿Qué? ¿Vienes acalorada?... ¡Tendrías que haber nacido como un mono aullador en vez de cómo una serpiente —comentó la iguana, sin menearse, pues se hallaba disfrutando de sus hora mágicas, dado que el sol calentaba con fuerza su orondo cuerpo.

—¿Por qué piensas eso acerca de mí? —quiso saber Sybila, aún jadeante.

—Porque eres igual de testaruda que ellos. Todos te aconsejamos que desistieras de esa peligrosa e ingenua idea de ir a la escuela de los niños, pero tú te creías más lista que nadie, desoyendo los consejos de todos los animales adultos. Claro que hasta que uno no se desilusiona por si mismo...

... Sybila sea fue alejando en silencio porque no tenía nada que decir. Estaba agotada, acalorada y necesitaba dormir. Además, su madre la estaría echando de menos. Acompañada de tales pensamientos, se deslizó presurosa hacia el lugar del bosque donde solía dormitar su mamá.

Sybila y su mamá

—¡Uff, menos mal! —suspiró aliviada al comprobar que su mami seguía enroscada en la misma rama en que la había dejado.

—¿Eres tú, Sybila? —preguntó su madre, entreabriendo uno de sus ojos como si de una rendija se tratase, pero resistiéndose a espabilarse del todo.

—Sí, mami, vengo de jugar con la mapache Federica.

—Sabes que no me gusta que juegues con otros animales que no son de tu especie. Pueden distraerte y corres el peligro de que un animal desaprensivo te dé caza.

—Pero mamá, Federica y yo somos como hermanas —rebatió Sybila, en tanto se acercaba a su madre y la rozaba cariñosamente. Bibiana cerró los ojos de nuevo al sentir el suave contacto de su hija sobre ella, si bien antes de dormirse logró sisear:

—Shishss... Ya hablaremos tú y yo en otro momento, querida...

... Los días y las noches prosiguieron su curso incesante, mientras Sybila trenzaba nuevos planes en su pequeña cabecita amarilla. Por supuesto que no se había olvidado de su viejo sueño de aprender a leer y a escribir en la escuela de los niños, aunque necesitaba una buena estrategia para no ser rechazada nuevamente por los monos sapiens.

—Shishss... tal vez si le explico al perezoso William mis renovados planes, él quiera ayudarme. ¡Sí, eso haré! De perdidos al río, me repetía mi abuela —pensó Sybila, quien ya se encaminaba hacia donde solía colgarse semejante holgazán.

William era un rechoncho perezoso de color pardo, de tres dedos, resabiado y con muchas experiencias vividas. Conocía a la pequeña serpiente desde que nació. Así que no se sorprendió de su visita.

—¿Qué se te ofrece, pendejita? Vaya, has crecido mucho desde la última luna llena. La verdad es que estás hecha toda una serpiente.

—¡Hola, perezoso William!... Verás, quería saber si tú me enseñarías a hacer piruetas.

—¿Has dicho piruetas? No sé a que te refieres —contestó el perezoso confundido, apenas sin menearse.

—Me refiero a esos graciosos y lentos movimientos que realizas cuando los monos sapiens vienen al parque y te observan.

—Hmm, así que era eso, ¿eh? ¿Y por qué motivo una futura y peligrosa serpiente Oropel querría aprender la danza del perezoso?

A Sybila no le quedó más remedio que contar a William todo acerca de su arriesgada experiencia en la aldea de Cahuita, así como su renovado y arriesgado plan.

—Vaya, no me lo esperaba, no me lo esperaba. No sé, no sé... ¿debería ayudarte? ¿Oh no? —se preguntaba el perezoso confundido.

—Claro, por qué no?

—Tú madre y yo no somos muy buenos amigos, que digamos.

—Mi mamá no tiene por qué enterarse, no temas.

—Si alguien nos descubriese... si alguien nos descubriese... No sé, no sé... Seríamos el hazmerreír de todos los animales de esta selva. Mejor, habla con los capuchinos. ¡Ahora, déjame solo! Me he comido más hojas alucinógenas de los que debiera y estoy entrando en mi tiempo de éxtasis. Lo que quiere decir que no me gustaría estresarme por naaaada del mundooooo —terminó por decir el perezoso, mientras bostezaba.

Sybila se alejó en silencio, desilusionada por la desgana mostrada por el perezoso William. Pero, ¿qué podía esperarse de un perezoso? —Pensó Sybila—. Aunque no es mala idea la de hablar con los capuchinos... Con un poco de suerte, a ver si me encuentro a Josette.

Sybila y el perezoso William

Capítulo 3

La monita capuchina llamada Josette había ido a nacer en la misma noche de luna llena en que había nacido Sybila. Era por eso que sus lazos de amistad constituían algo fuera de lo normal. A pesar que las mamás de ambas, como era de suponer, no se llevaban muy bien, que digamos. Y es que la Ley de la Selva era muy difícil de entender porque entre otros motivos, no existía. Pues era la fuerza de la vida y de la muerte la que empujaba a cada momento, decidiendo quién sería el elegido que iba a seguir viviendo. Sí existía en cambio, un código de convivencia que consistía en la promesa que un día tan lejano como el árbol más anciano de la selva, hicieron los animales adultos de todas las especies que allí habitaban. Esa promesa era la de irse a cazar lejos con la finalidad principal de no comerse a las crías de los animales que cohabitaban unos con otros.

Sybila y la monita Josette

Milagrosamente esa juramento se había mantenido durante siglos, por lo que un singular equilibrio se mantenía en todos los bosques, pues se seguía la misma pauta: cazar lejos de dónde vives, sin olvidar que por el mero hecho de ir a cazar, en cualquier momento podía ser cazado.

—¡Josette... Sishhss!... —gritó Sybila a la monita capuchina, quién se hallaba entretenida con un trozo de banano que le había lanzado un turista.

—¡Sybila! ¿Qué haces aquí? Si te descubren mis padres te van a correr, no andan muy lejos.

—Verás, sólo quería saber si tú me enseñarías a hacer monerías.

—¿Monerías? ¿Qué clase de monerías? —se interesó Josette, rascándose la cabeza.

—La clase de monerías que hacen reír a los humanos —contestó Sybila convencida.

—¿Y para qué quieres hacer reír a los humanos? —insistió la monita capuchina.

—Para caerles simpáticos —alegó la pequeña serpiente, con su amarilla cabeza muy erguida.

—¿Para caerles simpáticos? ¿A quién?... Espera, espera... porque me parece que hay una parte de la historia que no he entendido —interrumpió su amiga, rascándose las axilas esta vez.

—Aún no he acabado de contártela. Si me dejas... —señaló Sybila, sin acabar la frase.

—Vale, vale —añadió Josette, dando una ágil y rápida voltereta, rascándose la cabeza a continuación y acercándose a Sybila, quien permanecía escondida entre los arbustos.

—Como trataba de explicarte, el motivo es caer bien a los monos sapiens para luego, poder aprender a leer y escribir en la escuela de los niños.

—Tú no sabes lo que estás diciendo. Nunca te aceptarán en su escuela por muy simpática que seas. Creo que con mucha suerte, fíjate bien lo que te digo, acabarías en un circo.

—¿Y qué es un circo?

—Un lugar donde los humanos exhiben a animales domesticados que un día fueron salvajes. Primero los cazan, luego los domestican y una vez que entran en el circo, viven enjaulados y sin libertad. El bien más preciado para un animal de la selva —explicó la amiga de Sybila.

—Entonces, ¿no crees que mi plan sea una buena idea? —preguntó confundida la pequeña serpiente

—Ay, me temo que no, mi amor...

—Espera... se me ha ocurrido un maravilloso pensamiento —comentó la monita capuchina, después de un silencio tan sólo roto por la algarabía de los pájaros y las olas del cercano mar Caribe, pues recordemos, que se hallaban en el interior del parque de Cahuita.

—¿En serio? —quiso asegurarse Sybila.

—Hm... Existe una remota posibilidad de que tus sueños de ir a la escuela de los niños puedan ser cumplidos.

—¿Sishhssiuuhhh! —Exclamó Sybila, siseando de contenta y saltando lo que puede saltar una serpiente—. Vamos, desembucha que estoy impaciente.

—Tendrías que estar dispuesta a emprender un largo viaje.

—¿Cómo qué un largo viaje?

—Eso me temo. Una excursión a las montañas de Talamanca. Allá dónde vive el Lincon, el Jaguar Chamán.

—No sé cómo habrás llegado a pensar que yo pueda viajar hasta esas montañas. Además, ¿tú crees que esa fiera montaraz puede ayudarme?

—Lincon, el anciano jaguar es un gatón muy hospitalario, aunque no es inofensivo. Digamos que sólo saca las uñas cuando algún animal no le muestra respeto. Por si todavía no lo sabes, hace toda clase de pócimas curativas; además, también prepara la pócima de la invisibilidad.

—Vamos, Josette, no hablarás en serio. Todo eso no son más que habladurías. Mi mamá no cree en esa clase de hechicerías y yo tampoco.

—Pues como que tendrás que empezar a creer, si a la escuela de los niños quieres ir. Fíjate que el Jaguar vive en el mismo ecosistema en el que viven los monos sapiens llamados Bribrís, más conocidos como los verdaderos.

—¿Y por qué les llaman los verdaderos?

—Porque aún viven en armonía con la naturaleza, además de seguir siendo dueños de su tiempo -explicó la mona capuchina.

—Entonces, ¿dónde dices que quedan esas montañas? -quiso saber la pequeña serpiente.

—A unos cuantos soles de camino, mi amor. Tendrás que emprender un largo viaje, a no ser que...

—¿A no ser qué, qué? -le interrumpió Sybila.

—Nada, olvídate. Mejor no te lo cuento.

—¿Me acompañarías si te lo pidiese? -inquirió Sybila.

—Ni harta de bananitos dejaría yo esta selva. Ahí vas a tener que ponerte viva, si decidieras emprender semejante aventura. Sin embargo, se me acaba de ocurrir alguien que tal vez si quiera acompañarte.

—¿De verdad?

—Como lo estás oyendo.

—Pues ahora, no imagino qué clase de animal se atrevería a emprender tamaña aventura.

—Te daré una pista. ¿Conoces a la luciérnaga gigante Lucrecia?

—¿Lucrecia, la luciérnaga voladora? Claro que la conozco, si bien no creo que se fíe de una serpiente Oropel como yo.

—Me temo que tendrás que negociar con ella, porque no conozco a nadie más que quiera y pueda hacer un viaje tan largo. Ella conoce esa ruta muy bien. A menudo, va y viene. Verás, intentaré hablar con ella, a ver qué le parece. Ahora, debes irte, mi madre viene hacia aquí.

Sybila se alejó de allí dubitativa, arrastrando su cuerpo en silencio, en dirección al área del bosque donde se encontraba su mamá.

A la mañana siguiente, la luz del sol se filtraba por entre las hojas de los almendros salvajes, haciéndolas brillar de una manera un tanto especial. Había llovido duro pero fino durante toda la alborada; ahora, la tierra refrescada exudaba un aroma refrescante a mojado y las hojas secas caídas, servían de cuencos llenos de agua donde una infinidad de pajarillos de diferentes especies refrescaba su gaznate. Sybila fue al encuentro de Josette; ávida de conocer la respuesta de Lucrecia, la luciérnaga gigante.

—He estado hablando con Lucrecia esta noche. Dice que estaría dispuesta a acompañarte con una condición —explicó la mona capuchina, en tanto descendía de la palmera, lentamente.

—¡Ya empezamos! ¿Qué condición es esa?

—Tendrás que pagar un precio por ello.

—¿Un precio has dicho? ¡Vaya con la luciernaguita!

—Ay, querida Sybila... Ya te darás cuenta por ti misma de que los favores tarde o temprano hay que devolverlos de alguna manera. Cómo explicarte que nada es gratuito en este mundo.

—Pues yo prefiero dar sin esperar nada a cambio. ¡Qué espabilada, Lucrecia!

—No todos los animales tenemos un comportamiento igual, pero tú no eres nadie para juzgar a nadie. Esto es la selva y aquí impera el libre albedrío, Sybila... No sé, ni me imagino como va a cobrarse Lucrecia el trabajo de llevarte a las montañas de Talamanca, pero...

—¿Qué?

—Me comentó que hay que atravesar un río de gran caudal y corrientes peligrosas.

—Tú alucinas. Sabes muy bien que las serpientes no podemos nadar.

—Tranqui, mi niña. Debemos seguir el protocolo. Cuando llegue el momento, te las tendrás que ingeniar para esconderte en una de las barcas que emplean mis primos lejanos —los monos pelados— para llegar a la otra orilla. Lucrecia me ha explicado que eso no será muy difícil porque ellos se pasan el día llevando víveres de un lado al otro del río.

—¡Menudo viaje más arriesgado, Josette!

—Así es, mi amor. Aunque antes de nada, tendrás que acudir al Oráculo del Gran Manatí.

—¿Y eso por qué?

—La luciérnaga Lucrecia no se fía de ti. Como comprenderás, ella necesita estar segura de que puede encomendarse a ti. Digamos que... quiere estar segura de que no te la vas a zampar de aperitivo.

—¡Es obvio que no! Además, sabes muy bien que aquí no hay manatíes.

—Me temo que para que se cumpla tu sueño, primero tendrás que desplazarte a Manzanillo e internarte en los complicados manglares que se extienden a lo largo del río Gandoca y la laguna de Gandoca.

—Cada vez me lo ponéis más difícil. No entiendes que si Lucrecia no se fía de mí para acompañarme a las montañas de Talamanca, me va a tocar ir solita a Manzanillo, y yo no estoy dispuesta a eso —se quejó Sybila.

—¿Por qué no hablas con el lagartijo Palmer? Tal vez, pudiera cambiar tu suerte. Tú lo conoces. Él viaja a menudo de polizón en el camión que recorre la costa caribeña, repartiendo hortalizas por las aldeas. Entre ellas, Manzanillo.

—¡Ay, me estáis maltratando! Así que ahora, resulta que antes de nada, tendría que localizar a Palmer, que es más escurridizo que un gecko. ¿No es cierto? —quiso cerciorarse Sybila.

—Correcto. Yo en tu lugar —añadió la monita capuchina, mientras se rascaba debajo de la axila con entusiasmo—, recorrería el parque de arriba abajo. Tarde o temprano, acabarás dando con él. ¡No puede pararse quieto!

Y dicho esto, Josette trepó por el tronco de un almendro de enormes hojas verdes y se despidió de la pequeña serpiente, pues su mamá comenzaba a silbarla desde las ramas más altas de la arboleda.

La dulce serpiente Sybila decidió no perder tiempo, poniéndose enseguida a buscar al lagartijo Palmer, no cesando en su empeño hasta que lo encontró.

—Ay, ¿por qué será que cada vez veo más difícil de alcanzar a mi sueño? ¡Ya no sé si me va a merecer la pena toda esta agitación! ¡Cómo se entere mi mamá... ! —Sybila dialogaba consigo misma,

mientras estaba llegando a través del sendero a Punta Vargas. Al menos, sabía a ciencia cierta que aquel simpático lagartijo no pasaba de aquel límite de territorio en sus rápidos recorridos. Resolvió entonces, desandar el camino hecho, siendo en mitad de la vereda, cuando se topó con él.

—¡Palmer, espera! ¡Soy yo, Sybila!

—¿Sybila? —preguntó Palmer, al tiempo que en un haz de segundo giró su ágil cabecita para asegurase— ¡Cuánto tiempo, silvestre! ¿No habrás venido a comerme, no? —dudó Palmer, al pronunciar temeroso, las últimas palabras.

—No, no, no. En realidad, sólo quería saber si tú me ayudarías a llegar a la Laguna Gandoca de Manzanillo? —explicó Sybila.

—No entiendo, ¿qué se te ha perdido allí?

—Debo asistir al Oráculo del Gran Manatí —repuso Sybila.

—Pondrás en peligro tú vida y también la mía. Es un viaje muy, pero que muy arriesgado.

—No te preocupes. Yo te protegeré de los demás —le aseguró Sybila, abriendo sus ojos de una manera ladina y hechizante.

—¿Y qué es lo que has hecho o quieres hacer, para tener que acudir al Oráculo del Gran Manatí? Supongo que puedo saber el motivo — inquirió Palmer, con expresión detectivesca.

—Verás... es una larga historia...

Sybila tuvo que relatar al lagartijo Palmer todos sus planes desde el principio.

—Hm.... ya veo, ya veo. Si bien, has de saber que si quieres que te acompañe tendrás que pagar un precio por ello.

—¿Qué precio? —Preguntó entre asustada y confundida, la pequeña serpiente.

—Nada grave, nada grave. Si conseguimos regresar de semejante aventura tan incierta, perdona que te lo recuerde, tendrás que darme protección eterna —exigió Palmer, con la mirada muy seria.

—Está bien, tú ganas —dijo Sybila, después de un silencio prolongado, como si estuviera sopesando la propuesta lanzada por Palmer.

—¿Ya sabes que yo viajo a Manzanillo en el camión que reparte hortalizas a los monos sapiens?

—Así es, Palmer. Josette fue quién me lo contó. Pero en realidad, no sé qué es el camión que reparte hortalizas —confesó la pequeña serpiente,

—Es un gran cajón con ruedas, que se desplaza más rápido de nosotros, que va lleno de plantas que comen los monos pelados —explicó Palmer, añadiendo:

—¡Josette tenia que haber sido! Ahora ya lo sabes. Si quieres que todos los animales del bosque sepan algo, cuéntaselo primero a esa monita capuchina y ella ya se encargará de difundirlo por la selva entera. Josette no sabe mantener la boca cerrada.

—¡Mi madre! ¿Entonces, tú crees que tarde o temprano todos mis planes llegarán a oídos de mi

mamá?... Sishhss —quiso saber Sybila con gesto de preocupación, quedando tan sólo una suerte de resquicio de luz en sus pupilas.

—Lo más probable es que tarde o temprano, así sea, mi hijita —aseguró sin dudarlo, Palmer.

—Sishhss... ¿Cuándo dices qué te vas a Manzanillo? —preguntó Sybila con nuevos bríos.

—Si mis cuentas no me fallan, creo que en el amanecer de mañana. Habrá que dejar el parque con los primeros colores del alba y reptar hasta la aldea. Allí, esperaremos hasta que llegue el camión de las hortalizas.

—Sishhss... Sishhss... —se quejó Sybila.

—Nos esconderemos cerca de la Pulpería De Los Chinos —prosiguió Palmer, explicando su plan.

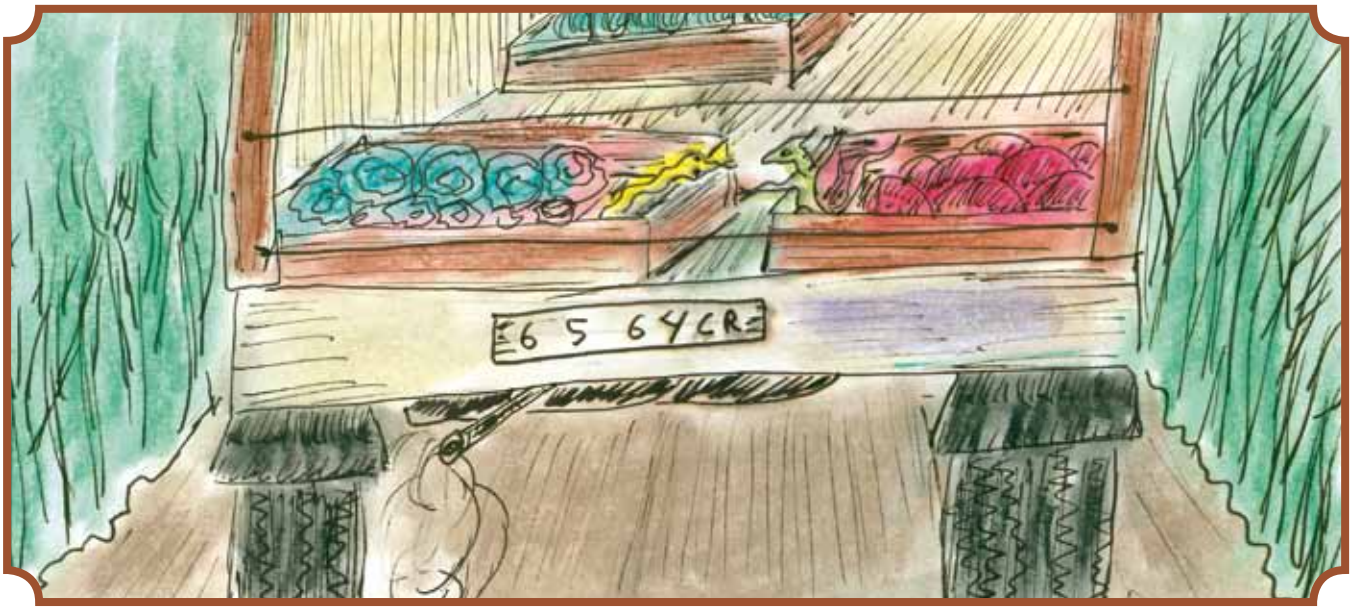
—Sishhss... ¿La Pulpería De Los Chinos? Sishhss... Espera, no sigas... , Sishhss... creo que me he perdido. ¿Qué cosa es eso de la Pulpería De Los Chinos? —le interrumpió Sybila.

—Has oído bien. La Pulpería De Los Chinos es el último lugar en Cahuita, antes de proseguir viaje por la costa, dónde el repartidor de las hortalizas entrega su mercancía. Y no te doy más explicaciones porque no es una de mis habilidades, que digamos —afirmó Palmer.

—Vaya... Entonces, ¿dónde decías que nos veremos?

—No hemos concretado nada todavía. Ah, se me olvidaba... Nos veremos en la caseta del guardabosque con las primeras luces del día, recuérdalo. ¡Y procura no dilatarte!...

*****



Sybila y Palmer camino a Manzanillo

Capítulo 4

Sybila, después de prometer a Palmer que allí estaría, se puso a reptar en dirección al lugar donde solía merodear su mamá. Pese a que esta vez, por más que la rastreó, no la encontró. Pero eso no le inquietó demasiado, porque Bibiana —recordemos que así se llamaba su mamá—, a veces emprendía un largo camino, introduciéndose con gran destreza por entre los laberínticos y espesos manglares, o bien remontaba el curso del río Perezoso, adentrándose hasta que recorría una distancia prudencial, donde el hábitat de animales conocidos desaparecía, y la caza y la pesca eran permitidas. Allí esperaba hasta que llegaban las sombras de la noche y después la oscuridad total, cuando todos los animales sentían la necesidad imperiosa de llenar y saciar sus estómagos.

Con tanto agitación de por medio, a Sybila se le había ido echando la noche encima, no había dormido ni se había llevado bocado alguno a la boca. Resolvió de este modo dormirse, sin más.

—Mañana, algún gusano encontraré en ese cajón con ruedas lleno de hortalizas que comen los monos sapiens —pensó Sybila, imaginándose la escena y quedándose dormida...

... Sybila durmió y durmió, hasta que con cierta lentitud, la oscuridad de la noche se fue aclarando. Estaba llegando el momento señalado por el lagartijo Palmer: los primeros colores del alba. Instintivamente, Sybila entreabrió un ojo, despertada por la temprana algarabía de gran variedad de pájaros multicolores, además del lejano rugido de los monos aulladores y el mar Caribe, siempre.

Sybila irguió su cabecita, espabilándose de inmediato al comprobar llena de excitación que la noche se extinguía, llegaba el alba y su mamá no había regresado. Recordó de pronto, la cita ineludible e inaplazable con el lagartijo Palmer, poniéndose a reptar enseguida en dirección a la caseta del guardabosque. Sybila había resuelto abandonar el parque para emprender un largo viaje a tierras desconocidas, a pesar de que su mamá no había retornado de su excursión. No quiso preocuparse por ello, pues bastante tenía ella con lo que le esperaba: su alocado viaje a Manzanillo dentro del camión de las hortalizas.

—¡Llegas tarde! —fue lo primero que escuchó de la boca de Palmer, cuando la pequeña serpiente alcanzó la caseta de madera situada al principio del parque.

—Lo siento, yo...

—Vamos, ahora no es tiempo de disculparse. Perderemos al camión de las verduras si nos dilatamos más de lo debido —señaló Palmer, interrumpiendo las justificaciones de Sybila.

Así fue como los dos amigos, tras atravesar el puente que salvaba el pequeño río, se fueron internando en la aldea de Cahuita. Un gato distraído con una mariposa y un perro holgazán que parecía dormitar, fueron los únicos testigos del avance entre las sombras de Palmer y Sybila. Quienes decididamente se dirigían hacia un lugar cercano a la Pulpería De Los Chinos, a esperar a que llegase el camión de las hortalizas. Se agazaparon entre las hierbas y raíces del anciano árbol de Los Ferguson —un árbol legendario que había sobrevivido al progreso y que agradecido, daba

sombra a la cafetería de la familia de Walter Ferguson, el mítico cantante de Calypso—.

Gracias a la vida, no tuvieron que esperar demasiado porque con puntualidad, el camión que anhelaban hizo su aparición en el horizonte.

—¡Ahí lo tenemos! Tú espera a que se pare el motor, se abra la puerta y yo te dé indicaciones. Ah, recuerda que hasta que el motor no arranque, no debes hablar ni hacer ruido. Cada vez que el mono pelado se pare a repartir, tenemos que cambiar de escondite, según lo que escoja para repartir. Mientras tanto, hay que permanecer inmóviles y bien escondidos.

—Palmer, ¿cómo sabremos que hemos llegado a Manzanillo?

—Ya te avisaré, no te preocupes. Pero debes de estar siempre atenta. No vaya a ser que el repartidor escoja deshacerse de la cesta en la que te has metido. Si así fuera, escúrrete sigilosamente a un nuevo canasto. ¡Que no se te olvide!

El repartidor había estacionado el camión y ya se disponía abrir la puerta, cuando a Sybila se le ocurrió una nueva pregunta.

—¿Palmer?

—¡Ahora, no se te ocurra hablar! Espérate a estar dentro y a que el motor inicie la arrancada. ¡Si nos descubren, estaremos perdidos! —sentenció el lagartijo en un susurro, porque el motor se había parado.

Finalmente, eso fue lo que hicieron. Su plan había resultado todo un éxito, y se hallaban ahora viajando rumbo a Manzanillo, felices y contentos, en medio de la vibración terrible del motor del camión y de los baches y agujeros de la carretera.

—¡Ya te dije mi niña, que esta experiencia era arriesgada pero divertida, fácil pero temeraria! —exclamó Palmer, riendo a mandíbula abierta, preso de una excitación sin límites, escondido en el canasto de los tomates, comenzando a degustar uno de ellos.

—Sishhss... No veo la diversión por ningún lado... Sishhss... Tengo miedo, Palmer. Estamos dando demasiados y muchos botes... Sishhss... —señaló Sybila, metida entre las lechugas.

—¡Ahora, me vas a decir que no hay nada como reptar! ¿No es cierto?... ¿No te estarás arrepintiendo? ¡Demasiado tarde, mi amor, demasiado tarde! Si tienes dudas, ya es hora de que dejes de tenerlas. De nada sirve, Sybila, de nada.

—Sishhss... ¿Crees qué podremos encontrar algún día la laguna de Gandoca? Sishhss... ¿No nos perderemos? —preguntó la pequeña serpiente hecha un mar de confusiones.

—No, no, no... Llegar a la laguna no será muy difícil, aunque acabaremos casi agotaditos, sí, sí, sí.

—Sishhss... ¡Vaya!... Sishhss... —se quejó Sybila.

—Venga, deja de sisear, chica. ¡Vaya costumbre más tonta que tenéis las serpientes! ¡Ponéis nervioso a cualquiera! Además, lo más difícil aún no te lo he contado.

—¿Cómo qué lo más difícil? ¿A qué te refieres? —exigió saber Sybila.

—Me refiero a que lo más embarazoso será dar con ese enorme y rugoso Gran Manatí al que necesitas ver, para conseguir realizar tu sueño.

—¿Por qué piensas que ver al Gran Manatí será embarazoso?

—Oh, porque dicen que se pasa el día sumergido en la laguna, comiendo jacintos de agua. Y claro, luego tiene flatulencias y expulsa unos pedos tan grandes, que se forman un montón de burbujas en la superficie del agua cercana a dónde él se encuentra. ¡Imagínate lo feo que tiene que oler allí! Además, tengo entendido que no es tan fácil de localizar. He oído decir que habitan en los escondrijos más retirados de las lagunas —explicó Palmer en tanto se entretenía picando un gran tomate rojo.

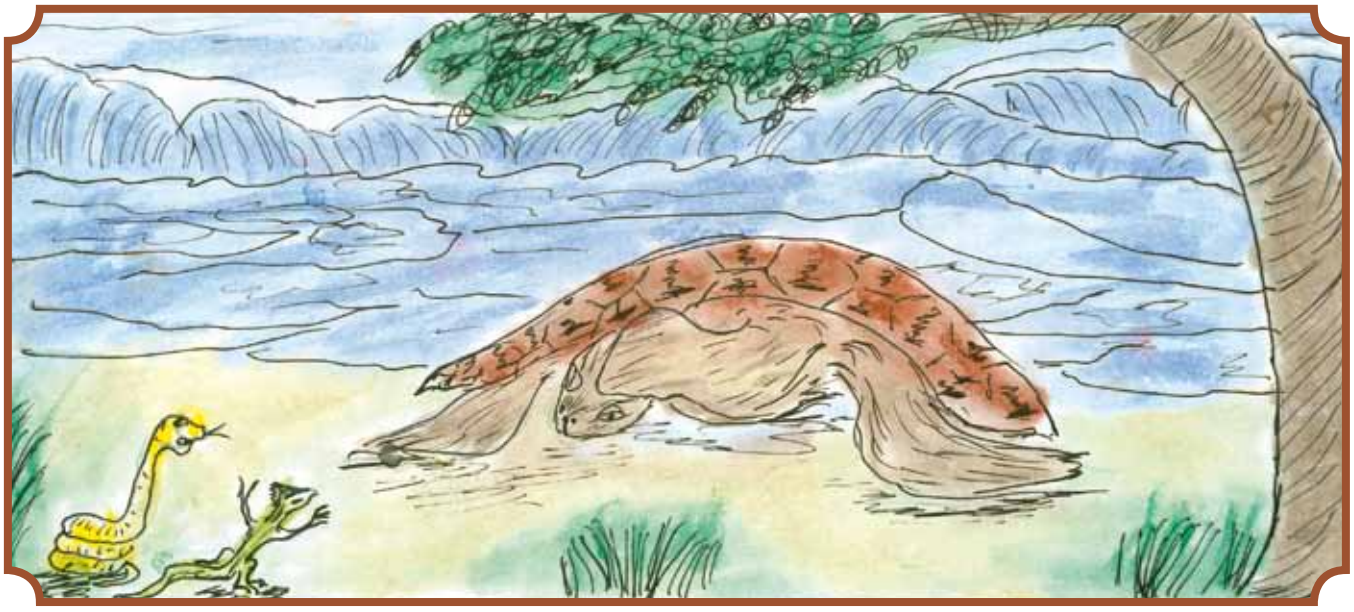
—Entonces, será mejor que llene mi estómago, me estás dando envidia, Palmer...

... Cuando por fin llegaron a Manzanillo, Sybila y Palmer estaban mareados y sus cuerpos se hallaban bastante sacudidos. Supieron que habían llegado a su destino porque aunque el camión había parado varias veces durante el camino, Palmer conocía los aromas de aquella pequeña localidad.

—¡Hemos llegado, mi hijita! Esperaremos a que se detenga el motor y cuando se abra la puerta... ¡Salta y corre como si te fuera en ello la vida! ¡Busca el matorral más cercano y trata de localizarme. Yo llegaré antes. Intenta seguirme.

Sybila escuchó atentamente las palabras de Palmer y obedeció sus directrices como pudo. Por fin, estaban en Manzanillo y sin grandes novedades. La pequeña serpiente reptaba feliz y contenta al poder sentir de nuevo, el contacto de su cuerpo con la tierra.

El camión de las hortalizas había estacionado cerca de la playa, a la sombra de un grandioso almendro, dando así por finalizado su recorrido. Como el día se encontraba bastante avanzado, el calor era húmedo y sofocante. Pese a todo, Sybila siguió a Palmer en dirección al matorral más cercano. Después, esperaron a que no hubiera monos en la costa y se dirigieron hacia la playa con gran habilidad, donde había gran cantidad de palmeras sobre sus blancas arenas. Avanzaron



Sybila y Palmer en busca del oráculo

unos metros hasta que se toparon con una tortuga Verde Laúd, quien se hallaba disfrutando de la sombra de una palmera. Sin dudarlo, ésta les salió al paso, al sentir invadido su territorio.

—¡Un momento, un momento! ¡No tan aprisa! ¿Quiénes sois vosotros y adónde os creéis que os dirigís? —Exigió saber la tortuga aquella, atravesada por rayas blancas en su concha —de la cabeza a la cola—, además de una infinidad de lunares también blancos.

—Yo soy Palmer y ella es Sybila. Vamos al Oráculo del Gran Manatí.

—Ya. Entonces por lo que estoy escuchando, no sois de este parque, ¿no es cierto?

—Sishhss... Viajamos desde el parque de Cahuita... Sishhss... —confesó Sybila, asustada, sin perder de vista las enormes olas del Caribe.

—¿Has dicho desde el parque de Cahuita? ¡Estáis locos! ¿Es qué allí no hay manatíes o qué?

—No. Hay mucha variedad de animales, pero manatíes no tenemos —contestó Palmer, quién pensó que si respondía él, le produciría menos hostilidad a la tortuga.

—Ya veo, ¿y estáis seguros de que no habéis venido a correr otra clase de aventuras más sombrías... como por ejemplo... zamparos las crías de las tortugas —insistió Vera, que así se llamaba la tortuga Laúd, observando a los recién llegados con los ojos bien abiertos y el cuello erguido.

—Es la verdad, noble tortuga. Sybila no es más que una inofensiva cría de serpiente Oropel, y yo... —argumentó Palmer.

—Cierra el pico, nene. Conozco a las Oropeles y no te puedes fiar nunca por su tamaño. Créeme, lagartijo. ¿No ves con qué avidez sisea? —explicó Vera, la tortuga.

—Oh, por eso no hay porqué intranquilizarse. Silba porque está nerviosa. No temas, nos conocemos de hace muchas lunas.

—Ya, ya, claro, claro... ¿A mí qué me vas a contar, que no sepa yo de las serpientes, mi hijito? A ver, ¿qué es lo que deseáis saber con tanta premura para arriesgar vuestro pellejo en un viaje tan peligroso? —inquirió nuevamente Vera.

—Oh, es una larga historia y no sé si después de escucharla, acabarías por entenderla.

—¿Acaso te piensas que las tortugas somos todas bobas o qué? ¡Vamos! ¡Os exijo que me contéis todo desde el principio! ¡Soy una tortuga Laúd! Tengo todo el derecho del mundo para escucharos. ¡Vamos, vamos, soy toda oídos!

Sybila y Palmer se miraron durante unos instantes, resolviendo hacerle una tentadora oferta a la tortuga Laúd. Ellos le relatarían a ella porqué iban al Oráculo del Gran Manatí y a cambio, Vera les indicaría cómo llegar a la laguna Gandoca por el camino menos arriesgado e imprudente.

—Está bien, acepto el trato, bebés. Pero con la promesa de que al regreso de vuestra expedición a la laguna me advertiréis de cómo os ha ido el Oráculo —matizó Vera.

Después de deleitarse con la divertida y original historia de Sybila, de la que opinó que era muy descabellada, la tortuga Laúd cumplió su promesa y les explicó el camino menos peligroso.

—¡Ay, quién entiende a las nuevas generaciones! Veréis, sois dos reptiles extranjeros en territorio desconocido y muy devastador. También, muy simpáticos —eso tengo que decirlo—, por eso nunca os aconsejaría que os adentraseis en los laberínticos manglares de Gandoca. No obstante, si vuestra meta es el Oráculo del Gran Manatí, debéis seguir por la costa dejando atrás Punta Mona. Llegaréis fácilmente a la Playa Gandoca, donde es posible que encontréis más tortugas. Los humedales se extienden al fondo de la playa a lo largo del estuario del río Gandoca y la laguna Gandoca. Allí encontraréis la senda que une Gandoca con Manzanillo. Bordearéis la laguna por el interior y tendréis que internaros por los enmarañados mangles para buscar los escondites más apartados de la laguna, donde habita el enorme manatí encargado de los Oráculos. ¡No me miréis así! Todo el mundo le conoce como el Gran Manatí, pero en realidad es el enorme manatí porque se pasa todo el día sumergido, engullendo todo tipo de plantas acuáticas. Pero, ya me lo diréis vosotros, ya.

—¿El qué quiere que le digamos? —preguntó inocentemente Sybila.

—Primero tenéis que verlo. Luego sabréis si es el Gran Manatí o el Enorme Manatí. Ahora, podéis iros.

—¿Dónde ha dicho que estaba el sendero? —quiso asegurarse Palmer, dejando ver que no le importaba mucho el tamaño del Manatí.

—Al final de la playa llegaréis a Punta Mona. La Siguiente playa será la de Gandoca. Os deseo un buen viaje y recordad... si tenéis algún altercado o asalto en el camino con algún animal salvaje de los que allí habitan, no olvidéis advertir que os dirigís al Oráculo del Gran Manatí y eso os salvaguardará que os ataquen.

—Sishhss... Así lo haremos, amiga tortuga... Sishhss... —afirmó Sybila, quién nunca había tenido la suerte de hablar con una tortuga tan bella de sentimientos.

—Vuestras vidas serán respetadas siempre que no se os ocurra cazar en esta selva. Romperíais el equilibrio del ecosistema y las alimañas se os echarían encima. ¿Lo habéis comprendido? Responder claro y fuerte porque os encontrareis en situaciones fáciles para caer en la tentación de cazar. ¡No se os ocurra! Serán pruebas para ver si sois lo suficientemente fuertes.

—¡Lo hemos entendido perfectamente. No cazaremos hasta que hayamos regresado a Cahuita! —prometió Palmer, ante la cara de desilusionada de Sybila, a quién le sonaban los intestinos desde hacía ya unas cuantas horas.

—¡Qué la pasen bien, entonces! —deseó la tortuga, dándoles la espalda e iniciando su lento caminar por la mojada playa de Manzanillo, ante el rugiente y espumoso mar Caribe.

Palmer y Sybila se hallaron solos otra vez, mientras se quedaron por un tiempo pasmados, contemplando aquellas olas salvajes. El lagartijo no tenía problemas con no poder cazar, pues era vegetariano y se había alimentado de sobra en el interior del camión, sin embargo, a Sybila parecía que le faltase fuelle.

—¡Vamos, Sybila, ánimo. Debemos proseguir camino! ¡Quién algo quiere, algo le cuesta! —exclamó Palmer, animando a su desfallecida amiga...

... Después de una larga travesía bordeando la costa, sin abandonar la sombra de las palmeras, accedieron finalmente a la playa de Gandoca. Divisaron a unas cuantas tortugas laúdes muy grandes, entretenidas en su contemplación marina. Resolvieron no molestarlas y se internaron en la maraña de mangles, hasta que al cabo de un tiempo, un tapir de colores pardos, a la sombra de una palmera jolillo, detuvo su camino.

—¡Qué hachéis por aaaquí?

—Vamos al Oráculo del Gran Manatí —repuso Palmer.

—Chi buchcais la lagucha de Gandoca es al fondo a la deshecha, por favor. Cheguir el estuario del río. Pronto fecaéis el chendero ché uchan los monos pechados —señaló Johnson, pues ese era el nombre del Tapir, quien les miraba con desdén, sin darles mucha importancia.

—¿Podemos continuar, entonces? —quiso asegurarse Palmer.

—Por mí, chií —añadió Johnson, sin mucha gracia.

Aunque cuando ya se alejaban de allí, Johnson les quiso hacer una última pregunta.

—Un momento, ¿de dónde hacheéis dicho que venís?

—De Cahuita —contestó Palmer, girando su cuello.

—¿De Cachudita has dicho? Pero echo está muy lejos, ¿no?

—Sishhss... Bastante lejos, señor... Sishhss... —no pudo evitar responder Sybila, quién había prometido a Palmer no hablar, porque su siseo ponía nerviosos a la mayoría de los animales, pero es que a ella —a su vez—, le ponía nervioso cómo pronunciaba de mal el tapir aquel.

—¡Cachudita! ¡Achí tengo famílla! ¡Prometerme ché les sacudiréis de mi parte.

—Así lo haremos, señor tapir —prometió Palmer.

—Está bien, pechéis continuar. No octante, dile a tu amiguita que Che chujete echa lengua vipechina, podría achuntar a más de alguno, y echo sería muy peligrocho para vochotros —comentó Johnson a Palmer, antes de darles la espalda y desaparecer por la espesura del bosque...

*****

Capítulo 5

—¡Corcho, qué mal hablaba ese tapir —no pudo dejar de comentar, Sybila.

—Todos los tapires hablan así. No hay más que ver la forma de su mandíbula y como tiene que encajar ahí dentro su lengua... Lo importante, es que pronto llegaremos a la laguna. Tenemos que lograrlo antes de que oscurezca —matizó Palmer.

Por fin estaban en el sendero que unía Gandoca con Manzanillo por el interior. La vegetación era similar a la del Parque de Cahuita, sin embargo, los sonidos aunque eran parecidos, para Sybila y Palmer eran todos ecos de animales salvajes desconocidos. Además, el olor a humedad era más profundo que en Cahuita, debido a la gran cantidad de ciénagas que había en Gandoca.

¿Qué nuevas sorpresas les depararía el destino? ¿Encontrarían al Gran Manatí? Si daban con él, ¿cómo se resolvería el Oráculo para Sybila? Todas estas preguntas se iba haciendo la pequeña serpiente, a medida que se adentraban con determinación en aquella frondosidad tan espesa. Asimismo, la noche se cernía despacio sobre aquel laberinto de ramajes y aguas pantanosas. Fue entonces cuando Palmer, pareció escuchar a alguien entonando una melodía, o algo parecido.

—Croac, croac... ♬ ¡Manatí, manatí! ♬ ...

—¿Lo has oído? —quiso saber el lagartijo Palmer, parándose en seco, clavando su mirada en los hechizantes ojos de Sybila.

—Sí, parecía una rana cantora... al menos hay alguien que está contento en esta selva. Yo creo que en Cahuita, los animales somos más simpáticos, ¿tú qué opinas? —comentó Sybila.

—¡Boberías! —resumió Palmer.

—Croac, croac... ♬ ¡Manatí, manatí! ♬ ... ¡Sé que estás ahí! ♬ ¡Manatí, Manatí! ♬ ¡Ven hacia mí! ♬ ¡Manatí, manatí! ♬ ... Croac, croac...

Según se fueron aproximando a la laguna de Gandoca, la voz se iba escuchando cada vez más cercana.

—¡Se confirma que es una rana cantora y está llamando a un manatí! ¡Vamos, sigamos la melodía! Ella nos podrá ayudar a encontrar al Gran Manatí —exclamó Palmer.

Avanzaron, hasta que descubrieron a una inusitada rana gigante de colores verdes fosforescentes, sentada sobre un tronco de palmera varado en la orilla de la laguna. Su nombre era Jennifer y se hallaba contemplando unas burbujas que se formaban en la superficie del agua.

— ♬ ¡Manatí, manatí! ♬ ... ¡Sé que estás ahí!... ♬ ¡Manatí, manatí!... ♬ ¡Vienen a verte a ti! ♬ ... Croac, croac...

—Buenas tardes, señora rana. Ella es Sybila y yo soy Palmer. Venimos al Oráculo del Gran Manatí —explicó el lagartijo a modo de introducción.

—Lo sé. Os he presentido... por eso soy la secretaria del Gran Manatí. Porque tengo el don de presagiar con mucha antelación, quien vendrá al Oráculo. Hace días que he soñado con vosotros dos, y seguramente vosotros también habéis soñado conmigo, sólo que no os acordáis...

—¡Ooohh! —exclamaron al unísono Palmer y Sybila, admirados ante las palabras de la rana gigante, quién les miraba con ojos maternales.

—Bien, basta de explicaciones, mi nombre es Jennifer. ¿Veis esas burbujas de allí? Pues justo debajo, anda haciendo de las suyas el saludable Gran Manatí. Si bien, no os puedo prometer que os vaya a recibir.

—¿Y eso? ¡Dígale que venimos desde muy lejos para verle!

—Lo sé, lo sé... pero no sé, no sé... Últimamente anda muy ocupado con sus flatulencias y ventosidades, ¿me explico? —la rana los miró a ambos con autoridad antes de añadir:

—El problema es que no se cansa nunca de comer esos jacintos de agua, pero... Lo intentaremos, sin embargo, lo intentaremos, sin embargo... lo intentaremos, sin embargo...

¡Ay! ¡Que me estoy rallando! —se disculpó la rana, ante la divertida mirada de Palmer y Sybila.

—Croac, croac... ♬ ¡Manatí, manatí! ♬ ... ¡Sé que estás ahí!... ♬ ¡Manatí, manatí!... ♬ ¡Sal a recibir! Croac, croac... —insistió Jennifer, ahora elevando su tono de voz.

—Ugiahhh... Ugiahhh... —gruñó de repente una enormidad de bestia parda y arrugada de ojos saltones y grandes bigotes —parecido a una morsa pero sin colmillos—, al emerger de las profundidades de la laguna de un salto. Mientras braceaba en el agua, el manatí contempló a los recién llegados con ojos de desconfianza.

—Mira, habéis tenido suerte. Eso es que tenéis suficiente encanto para que el Gran Manatí se digne a acudir a vuestra llamada —comentó la rana por lo bajini.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Qué queréis?... Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Qué se os ofrece?... Ugiahhh... Ugiahhh... —deseó saber el Gran Manatí, emergiendo y sumergiéndose de nuevo, dando un enorme coletazo sobre las aguas que salpicó y regó a Palmer y Sybila.

—Venimos al Oráculo —dijo Palmer, saltando para quitarse el agua de encima.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Y que queréis saber?... Ugiahhh... Ugiahhh...

—Si la luciérnaga Lucrecia puede confiar en esta pequeña serpiente llamada Sybila.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Y para qué necesita de su confianza?... Ugiahhh... Ugiahhh...

—Para acompañarla como guía.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Acompañarla, a dónde?... Ugiahhh... Ugiahhh...

—A las montañas de Talamanca —repuso de nuevo Palmer.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¿Y qué se le ha perdido allí a esa serpiente?... Ugiahhh... Ugiahhh...

Palmer iba a contestar pero el Gran Manatí exigió que respondiese Sybila, dando un nuevo coletazo en el agua.

Encuentros con el Manatí

—Sishhss... necesito ver al Jaguar Chamán... Sishhss...

—¿Te refieres a Lincon? ... Ugiahhh...

—Sishhss... sí.

—No es asunto mío, pero ¿para que necesitas ver al Jaguar Chamán? ... Ugiahhh...

Sybila explicó por enésima vez, su descabellado plan.

—Ugiahhh... Ugiahhh... ¡Esto sí que no me lo esperaba! ¿Estoy seguro de lo que he oído?... Ugiahhh... Ugiahhh...

—Sishhss... Completamente, señor... Sishhss —afirmó Sybila.

—Me parece una idea descabezada y no sé como va a reaccionar Lincon ante semejante petición. Eso, sin contar que no sabemos si el jaguar recibe a serpientes Oropeles... No sé, no sé... —puntualizó el Gran Manatí, quien se sumergió a reflexionar.

Un silencio abismal se apoderó de la laguna, hasta que de pronto, el Gran Manatí emergió y soltó una enorme ventosidad, provocando unas burbujas muy diferentes a las que sus flatulencias solían formar en el agua. Pues esa era la forma que tenía el Gran Manatí de resolver los Oráculos.

—¡Prrrrooop! —se escuchó en toda la laguna, en medio de un olor muy desagradable a puro metano.

Palmer y Sybila se contemplaron con expresión de sentirse inundados por aquel pestilente olor, pero la rana gigante de colores verdes fosforescentes, les explicó con los ojos bien abiertos, que en esas burbujas estaba la respuesta que buscaban.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —inquirió Palmer.

—Croac... croac... No hay tacha ni lunar en los pensamientos de esta pequeña serpiente, así que dile a esa luciérnaga llamada Lucrecia que habita en Cahuita, que puede viajar tranquila con ella.

Lo que pase en las Montañas de Talamanca es ya otro cantar... Croac... croac... Y ahora, si no os importa, debéis iros... El Gran Manatí no creo que vuelva a emerger para despediros —explicó Jennifer, la rana cantora.

Cuando Sybila y Palmer retomaron el camino, la pequeña serpiente propuso buscar un escondrijo y que uno de los dos descansase mientras el otro vigilaba, de este modo, ambos llegarían con vida al amanecer. Palmer estuvo de acuerdo y acordándose que Sybila no había probado bocado ni podía intentarlo siquiera, dejó que fuera ella quien se echara una cabezadita en primer lugar...

... El viaje de regreso a Cahuita lo hicieron de una forma parecida y sin grandes contratiempos. Pero esta vez, el camino de vuelta lo tuvieron que hacer en el maletero del autobús de línea que unía Manzanillo con Cahuita; pese a lo arriesgado del trayecto, dado que el camión de las verduras y hortalizas no estaba disponible. Suerte que un pasajero se había olvidado de recoger las viandas de su bolsa de viaje —que había dejado en el portaequipajes—. Sybila no dudó en hacer aprecio. Las fuerzas que regían el destino de aquella serpiente, quisieron que los alimentos del viajero olvidadizo se colmase de una suerte de hormigas muy nutritivas que la pequeña serpiente devoró sin piedad. Palmer andaba liado con un trozo de pan, mientras observaba con empatía a la pequeña serpiente, alegrándose de que Sybila por fin pudiera llevarse algo a la boca.

Agotados por la travesía llegaron por fin a la pequeña aldea caribeña, a eso del mediodía, cuando el sol más crujía...

... Sybila se dedicó a descansar y a nutrirse durante los siguientes días, al mismo tiempo que esperaba el regreso de su madre. Pero como no acababa de aparecer, se puso a buscarla, topándose con William el perezoso, un rato después, quien andaba saltando de rama en rama con esa despaciosidad tan característica en él.

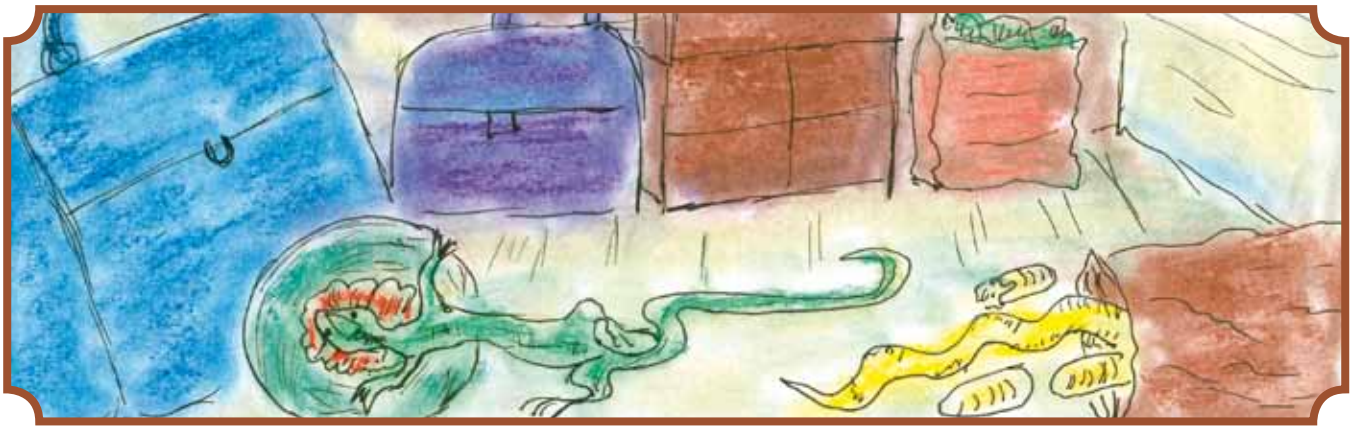
—Estoy buscando a mi mamá.

—¿No me digas? ¿Y? —preguntó con cierta indeferencia, William.

—¿Puedes ayudarme o no? Apuesto a que sabes dónde se encuentra.

—¿Has dicho, apuesto? ¿A ver, qué es lo que apuestas?

—Es un decir, William.



Sybila y su amiga Federica

—¡Bah, ya sabía yo...! Tu madre se ha ido a buscarte, a ver si te enteras. Alguien le puso al corriente sobre tus andanzas, y...

—¡Vaya! Y toda la culpa es mía —se lamentó Sybila no dejando acabar al perezoso.

—Yo en tu lugar esperaría por su regreso. No sea que luego, todo se complique más todavía —señaló William.

—Sí, eso haré —sentenció la pequeña serpiente, alejándose con expresión triste.

No obstante, al tercer atardecer de aquel encuentro, su amiga Federica le comunicó que sería esa misma noche, cuando la luciérnaga Lucrecia había decido partir hacia las montañas de Talamanca —las tierras Bribrís—.

—Sishhss... Ay, Federica... Shishss... Ahora que sé lo que es jugarse el pellejo, arrastrándome por tierras desconocidas llenas de peligros desconocidos, no sé si seguir adelante. No me apetece mucho volver a salir del parque, ¿sabes?

—Vamos, Sybila, no te derrotes tan fácilmente. Seguramente, el Jaguar Chamán sabrá comprenderte y te ayudará de alguna manera, ¡No olvides que es un guerrero muy muy vivo!

—Sishhss... Cada vez veo mi sueño más inalcanzable Sishhss...

—Ya has asistido al Oráculo del gran Manatí. Ahora ya no puedes volver atrás. La suerte está echada porque tú ya has decidido.

—¿Debo proseguir con el viaje, entonces?

—Me temo que sí.

Sybila se retiró a descansar hasta que a eso de la medianoche, Federica acudió a despertarla —como habían acordado—, pues Lucrecia estaba ya dispuesta y esperándola a la salida del parque.

La luciérnaga se encontraba a oscuras, posada sobre la hoja de una planta. Si bien cuando intuyó que Lucrecia y Sybila se acercaban, voló hacia ellas emitiendo una intermitente luz redonda, de color verde fosforescente del tamaño casi de un semáforo. Lucrecia sobrevoló sobre Sybila, en tanto le preguntaba:

—¿Cumplirás tu promesa, entonces?

—Puedes estar tranquila. Soy Oropel de una sola palabra.

—Pongámonos en marcha, pues. El camino será luengo y tortuoso. La noche se nos hará corta cuando llegue el día. Así que debemos aprovechar la oscuridad para avanzar y la luz del sol y las sombras que éste provoca, para descansar.

—¿No hay otro remedio entonces, que cruzar ese río tan variable y caudaloso?

—Así es; el Jaguar Chamán vive al otro lado del río, en esas respetuosas montañas de Talamanca de las que te hablé. Pero no te preocupes tanto por el río. Eso no será lo más difícil de superar en el viaje —afirmó Lucrecia.

—¿Ah, no? ¿Qué será lo más peligroso?

—Ahora no es el mejor momento para responder preguntas tan comprometidas.

Se despidieron de Federica como verdaderas amigas. A las tres se les saltaron las lágrimas de la emoción. A continuación desaparecieron silenciosamente en la oscuridad de la noche. Lucrecia volaba siempre cerca de Sybila quien a su vez se arrastraba. Así anduvieron un largo trecho, hasta que escucharon a una lejana y conocida voz:

—¡Esperadme! Las dos se giraron pero no lograron adivinar a nadie.

—¡Qué raro! Juraría que esa voz era la de Palmer —comentó Sybila.

—¿Te refieres a ese lagartijo que siempre va y viene por el parque sin dirección alguna? —quiso asegurarse Lucrecia, con tono de sentirse indignada.

Sybila asintió en silencio.

—¿Palmer, eres tú? —gritó Sybila.

—Espero que no se te haya ocurrido invitarle.

—Claro que no, Lucrecia. ¿Crees que estoy loca?

—¿Qué pasa conmigo? ¿No estaríais conspirando sobre mí, no?

—Que yo sepa, no. Ella y yo nos vamos de viaje y eso es todo —sentenció Lucrecia.

—Me parece estupendo. ¿Puedo ir con vosotras? ¿No os importa, verdad?

—Por supuesto que no puedes —sentenció enseguida la luciérnaga, aleteando nerviosa y sobrevolando al lagartijo.

—No sólo os avisaré de los peligros que no veáis, sino que además, os haré buena compañía —señaló Palmer, correteando nervioso en círculos pequeños.

—¡Lo dudo! —dijo en tono indiferente, Lucrecia, a quien no le caía muy bien Palmer.

—Seis ojos verán siempre más que cuatro —alegó Palmer en su defensa

—Eso es verdad —comentó Sybila.

—Bah, ¡Hacer lo que queráis —resolvió la luciérnaga, dejándose convencer—. Pero que conste que no estoy de acuerdo en que semejante espécimen nos acompañe...

Capítulo 6

Fue en una alborada en que el cielo se hallaba despejado y lleno de estrellas, cuando Palmer, Lucrecia y Sybila, descubrieron recortadas en el cielo, los enormes picachos de las montañas de Talamanca. Después de durísimas jornadas avanzando en la penumbra más oscura, en dirección a las tierras Bribrís, habían alcanzado la orilla del caudaloso río que pretendían cruzar. Resolvieron esconderse al amparo de unas piedras grandes, de las muchas que se juntaban allí, en la vera de aquel torrente. Se encontraban a la espera de que llegaran las primeras barcas procedentes de la otra orilla, repletas de indios Bribrís, quienes trasladaban sus mercancías —frutas y verduras exóticas— a los pueblos cercanos, para venderlas.

—A ver esta vez donde nos escondemos —susurró Palmer, indeciso.

En ese momento, un viejo y destartalado camión cargado de bloques de cemento se detuvo a escasos metros de donde nuestros tres amigos se hallaban. En seguida, aparecieron unos monos pelados que se pusieron a descargar los bloques del camión y trasladarlos hacia las barcas que recién acababan de llegar desde la otra orilla.

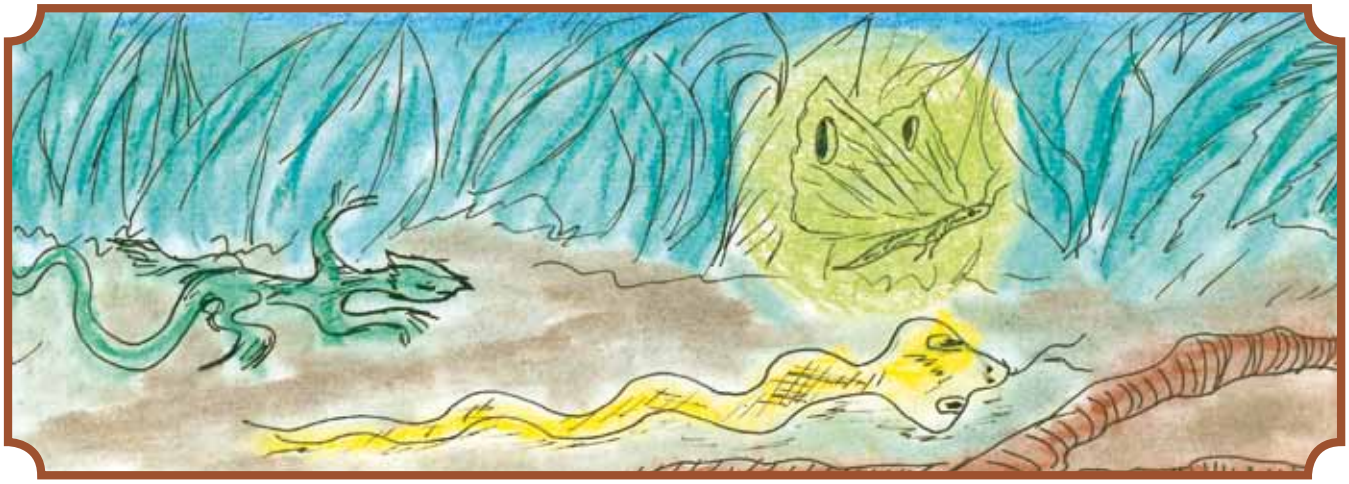
—¡Ahí tenemos nuestro escondite, señores! —exclamó a media voz, Lucrecia.

—No está mal, no está mal —repuso el lagartijo Palmer.

Así que se armaron de paciencia y esperaron el momento oportuno, luchando contra ellos mismos para no quedarse dormidos. Observaron que una de las barcas ya había sido cargada y se había quedado sin vigilancia; entonces, Palmer y Sybila se deslizaron sigilosamente, en tanto Lucrecia sobrevolaba sobre ellos.

—Sishhss... Sishhss...

—¡Cállate, reina! Ahórrate tus silbidos, que nos van a delatar —sugirió Palmer, mirando de reojo a su amiga.



Sybila y sus amigos Palmer y Lucrecia empiezan "La aventura"

Sybila, Palmer y Lucrecia viajan a las montañas Talamanca

Siguieron avanzando sin ser vistos, camuflados entre la arena y las piedras, alcanzaron la barca a duras penas, escondiéndose entre los agujeros de los bloques de cemento.

Cierto tiempo después, escucharon hablar a unos humanos, sonó un motor que arrancaba y la barca salió disparada, surcando esas aguas tan bravas y llenas de remolinos ingratos. Había veces, que la barca parecía no avanzar, dada la fuerza de los remolinos aquellos que obligaban al capitán de la embarcación a forzar el motor al máximo de su potencia para poder seguir avanzando. Mientras tanto, los tres amigos que viajaban juntos, apretados unos contra otros, se mareaban y gritaban en medio de aquella tempestad, imaginándose que aquellas corrientes tan traicioneras les iban a inundar de un momento a otro.

Después de una infinita travesía, de repente, el sonido del motor sonó más suave, la barca fue perdiendo velocidad y alcanzaron finalmente la otra orilla.

Sybila y Palmer se quedaron inmóviles, presas del pánico, en tanto la luciérnaga salió a echar un vistazo, dado que a la luz del día, semejaba una minúscula polilla de aspecto corriente.

—¡Adelante, chicos! —exclamó después de comprobar que no había monos en la costa.

Con gran agilidad, Palmer y Sybila saltaron a tierra firme sin ser vistos, justo antes de que empezaran a descargar la barca; buscando cobijo con gran inmediatez a la sombra de un frondoso árbol, que daba unas frutas exóticas alargadas que Palmer jamás había visto en su larga vida de explorador caribeño.

—Sishhss... Bueno, hasta aquí hemos llegado... Shishss... —dijo entre suspiros, Sybila, tratando de relajarse.

—Sí, ahora nos toca dormir hasta la noche. Entonces será cuando nos internemos en la selva de montaña, a ver si es posible que podamos ver al Jaguar —añadió Lucrecia.

Estaban ya a punto de coger el sueño, cuando escucharon los jadeos agitados de un animal, olfateando a escasa distancia de donde ellos se encontraban acoplados, descansando de tan largo viaje.

Se trataba de una perrita marrón no muy grande, de lengua azul y origen oriental, que tendría unos dos años.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¿Quiénes sois y que hacéis por estas tierras? ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! Y no pretendáis engañarme porque sé muy bien que sois extranjeros. ¡Guau! ¡Guau! Se huele a distancia. ¡Guau! ¡Guau! Jamás he olfateado tufillos tan raros como los que vuestros cuerpos desprenden.

—¿Quieres dejar de ladrar, perra mala?... Shishss... ¡Vas a hacer que nos descubran los humanos!... Shishss... ¿Qué ganas tú con traicionarnos? —Se defendió Sybila, sacando su lengua.

—A eso voy. ¿Qué ganaré si no os traiciono? ¡Guau! ¡Guau! —señaló Shelma, que así se llamaba la sabuesa.

—Con que esas tenemos, ¿eh? Está bien. Dinos que es lo que quieres y veremos si podemos complacerte —propuso Palmer, sin acobardarse, con las manos en las caderas.

—En primer lugar, os exijo que me digáis qué hacéis en tierras extrañas.

—Eso es fácil de responder. Venimos a la consulta del Gran Jaguar, Lincon —contestó Lucrecia.

—Vaya, ahora entiendo. ¿Y qué es lo que necesitáis consultar? —preguntó muerta de curiosidad, Shelma.

—Eso no es asunto tuyo —señaló Lucrecia.

—Entonces, os delataré —sentenció Shelma.

—Está bien, no importa que lo sepas —dijo Sybila, quien tuvo que contar todo a Shelma desde el principio.

Encuentro cona perrita Shelma

—¡Estáis más locos! Si supierais lo traidores que son los humanos... Yo ya no quiero saber nada con ellos! —no pudo dejar de exclamar, la perrita.

—¿Y tú? ¿Eres una perrita solitaria? ¿Dónde está tu humano de compañía? He oído decir que los perros suelen tener uno —quiso saber Palmer.

—Así suele ser. Pero a mi me abandonaron, en esta orilla del río hace unas cuantas lunas de ello, cuando aún era una cachorrita. He tenido que sufrir mucho para sobrevivir, ¿sabéis? Aquí la vida no es broma. Hay una lucha feroz por la supervivencia. ¡Cada día!

—Pobre sabuesita —señaló Sybila.

—De sabuesita nada, nena. Soy una Chow-Chow y mi familia viene de la realeza china, para que lo sepas.

—Perdona, no quería ofenderte. ¿Cómo te llamas?

—Shelma ¿y vosotros?

Después de las presentaciones, empezaron a caerse mejor.

—¿Y por qué no quieres saber nada de los humanos? —se interesó Sybila.

—Ya te he dicho que una familia de humanos me dejó aquí. Para mi eso es traición y perdida de confianza. ¿Me explico?

—Cambiando de tema... ¿Tú nos podrías ayudar a encontrar al Jaguar? —preguntó Lucrecia, sobrevolando enfrente de los achinados ojos de Shelma.

—Veréis, no me llevo muy bien con esa alimaña. Como habréis oído decir, esa bestia come de todo, así que tampoco me fío de él ni de nadie. ¡Mira que garras he desarrollado! —exclamó Shelma, dejando ver sus largas uñas.

—Eso es porque eres extranjera en estas tierras. Sin embargo, el Jaguar es reconocido en todas las selvas del Caribe como el Gran Chamán —explicó Lucrecia, ahorrándose los comentarios al ver semejantes garras.

—Es posible, es posible, pero como ya dije no me fío. Aunque sí se por dónde merodea.

—Entonces, ¿nos guiarás hasta él?

—Ya que venís de tan lejos, no veo el motivo de que no os pueda acercar hasta allí.

—Sishhss... ¿En serio? Shishss... —Quiso asegurarse Sybila, silbando de emoción.

—Os aseguro que el camino será difícil. Pero mejor, ahórrate tus silbidos. Me ponen nervioso.

—Estamos dispuestos, Shelma. Nos harías un gran favor... Shishss —contestó Sybila, no pudiendo evitar un nuevo silbido.

—Bueno, bueno, los favores tarde o temprano se pagan. Pero de eso ya hablaremos, mi niña —aseguró la perrita marrón, de nombre Shelma, meneando su cola, dejando ver que estaba de buen ánimo.

—Necesitaríamos dormir, venimos desde muy lejos y... —quiso explicar Palmer.

—Está bien, está bien... yo vigilaré vuestro sueño, no os preocupéis. Os ayudaré porque creo que tenéis buen corazón, no como la mayoría de animales que por aquí habitan. Supongo que sabréis defenderos...

—Sí, hasta ahí llegamos —afirmó Sybila, dejando ver su lengua y sus colmillos.

—Entonces, dormir tranquilos...

... Shelma estuvo todo el día vagando por allí cerca. Se alegraba de haber encontrado a esos tres animales tan diferentes y tan hermanados. Pensó que el amor era posible entre diferentes especies de animales, si coexistía el respeto. Shelma se sintió contenta pues ya no se encontraba sola. Y es que los perros son animales muy sociables que necesitan de hacer amigos para no convertirse en almas vagabundas y pendencieras.

La perrita Chow-Chow esperó con cierta impaciencia a que llegara el crepúsculo vespertino para despertar a sus nuevos amigos. Había soplado un viento feroz durante todo el día, aunque Palmer, Lucrecia y Sybila estaban tan cansados que ni tan siquiera semejante vendaval logró despertarles.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Arriba, es tiempo de marchar! —ladró Shelma.

—¿Dónde estamos? —fue lo primero que Palmer preguntó.

—A la otra orilla del río, ¿te acuerdas? —contestó Shelma, sentada sobre sus cuartos traseros, observándole con expresión amistosa.

Sybila abrió los ojos y sacó la lengua, despertando a Lucrecia, quién emitió un destello verdoso fosforescente.

—¡Ahí va! ¿Cómo lo has hecho? —preguntó la perrita maravillada.

—Soy una luciérnaga. ¿Acaso nunca habías visto a una antes?

—No, pero es prodigioso lo de la fosforescencia. Seré tu amiga fiel sólo por eso, Lucrecia. Me ha gustado la lucecita. ¡Guau, guau! —repuso Shelma con ojos de encantamiento, meneando su cola alegremente...

... La perrita les guió en la oscuridad de la noche. Atravesaron varios asentamientos Bribrís dispersados y tras cruzar un riachuelo, se adentraron en una empinada montaña llena de árboles exóticos, que los amigos de Cahuita nunca habían visto antes. Además, la tierra era arcillosa. Tanto Palmer como Sybila tenían problemas para avanzar. Encima, había tal algarabía nocturna que impresionaba y amedrentaba más de la cuenta a los tres animalillos de Cahuita.

Shelma guía a Sybila y sus amigos

—¡Venga, con alegría, chicos! ¡Guau, guau! —exclamó la perrita, quien no dejaba de jalar a los rezagados—. Tenéis que deslizaros con liviandad por estas tierras pegajosas, sino os quedareis atrapados en ellas. ¡Guau, guau!

—Sybila y Palmer resoplaban entre sudores para no quedarse pegados en esos suelos rojos. Además, se hallaban ascendiendo por una empinada cuesta con tanta pendiente que ni en el peor de sus sueños, imaginaban.

—¡Guau, guau! ¡Vamos, vamos, no os detengáis, ya falta poco! ¡Guau, guau!

—Sishhss... no puedo más. Shishss... —se quejó penosamente Sybila, al borde de la extenuación.

—Ánimo, Sybila, que tú puedes —señaló Lucrecia, animando a su amiga, sobrevolándola, con esa intermitente luz verdosa.

Entonces, aunque aún lejano, escucharon el rugido como de un gato gigante.

—¿Lo habéis escuchado? Es él. Ya andamos cerca de su morada. Seguramente, nos presiente —indicó Shelma, gimiendo en lugar de ladrar.

— Sishhss... ¿Ay, mamaíta, qué miedo!... Sishhss... ¡Quiero volver con mi mamá!... Sishhss... —gritó la dulce serpiente Sybila.

—¡No seas infeliz! Es demasiado tarde para arrepentimientos. Si quieres consultar al Jaguar, tendrás que llegar hasta él y ponerte enfrente de sus ojos, sin mostrarle miedo. De lo contrario... —Lucrecia, no tuvo que acabar la frase porque Sybila pareció comprender.

—Venga que ya se acaba la zona de lodo rojo —señaló Shelma—. Estaremos a unas cuantas arboledas todavía, pero el Jaguar tiene un olfato increíble. ¿Estáis seguros de que sabe que venís a verle?

—Oh, sí. Sybila fue al Oráculo del Gran Manatí —repuso Palmer, sin dejar de arrastrarse.

—¿El gran Manatí? ¿Qué cosa es eso? —insistió Shelma, con expresión de ignorante.

—Es un animal acuático que conoce el pasado sólido y el líquido futuro. Lo malo, es que no se lo dice a nadie. Sus respuestas son siempre escuetas y no te aclaran mucho. Pero es telepático y puede comunicarse con el Jaguar Chamán por medio de las vibraciones que ambos emiten.

—¡Vaya, el mundo es más mágico y fantástico de lo que creía! —exclamó Shelma.

—No lo dudes, amiga perrita. No todo en las selvas son alimañas y criaturas despiadadas. Existe también el afecto puro, el código de honor, el respeto y sobretodo, la Magia. Lo que sucede, es que no todos los animales practican las mismas artes, ¿me he explicado? —preguntó Lucrecia, queriendo asegurarse de que sus palabras habían sido comprendidas por aquella perrita de color marrón y pelo largo.

—Muy bien expuesto, amiga luciénaga —señaló Shelma.

—Perdona, pero se dice luciérnaga, y no luciénaga —matizó Lucrecia, emitiendo un potente destello luminoso, que dejaba maravillada a Shelma cada vez que lo observaba...

Capítulo 7

Las estrellas tintineaban mecidas por el frío y mudo aliento que desprendían aquellas monumentales montañas. Los tres amigos de Cahuita atravesaban un bosque de exóticos árboles, escoltados por la incansable perra Chow-Chow, cuando se escuchó el gruñido del Jaguar cada vez más cercano. De repente, un denso olor a felino les hizo detenerse en seco. Habían llegado a las tierras donde Lincon habitaba. Y aunque no se veía nada, si escucharon crujir a las hojas secas sobre el suelo.

—Os acompaño hasta aquí. Os esperaré al inicio de las tierras rojas. No quiero que ese gatón sepa que ando por aquí. Ya digo que no puedo evitar, llevarme mal con cualquier clase de felino. Además, ese tío es enorme, es muy rápido y corre un montón. ¡Qué os vaya bonito! —gimió Shelma, antes de darse la vuelta.

Los tres amigos se quedaron nuevamente solos, en tanto un grandioso Jaguar con gran chulería, avanzando hacia ellos, rugiendo pero dejando sentir que no estaba muy alterado.

—¿Sois vosotros los que habéis solicitado consultarme? —preguntó, en cuanto se topó con los animales de Cahuita.

—Sishhss... Sí... Sishhss... —repuso con firmeza, Sybila.

—Por favor, no sisees si no quieres que te meta un zarpazo. El gran Manatí me comentó algo... Si bien, tengo que atender tantas consultas que no recuerdo bien. A ver, refréscame la memoria, querida —sugirió el Jaguar atravesando con la mirada a los presentes, sentado sobres sus patas traseras, al mismo tiempo que se pasaba una mano por las orejas.

Sybila le explicó el motivo de su visita, contándole los diversos avatares sufridos a lo largo del camino.

—Hm.... ya veo. ¿Y éste? ¿Viene contigo? —preguntó el jaguar, quien estaba lleno de manchas pardas sobre su blanca piel, refiriéndose a Palmer—. ¿A qué ha venido?

—Somos amigos y nos protegemos de los peligros mutuamente —indicó Palmer.

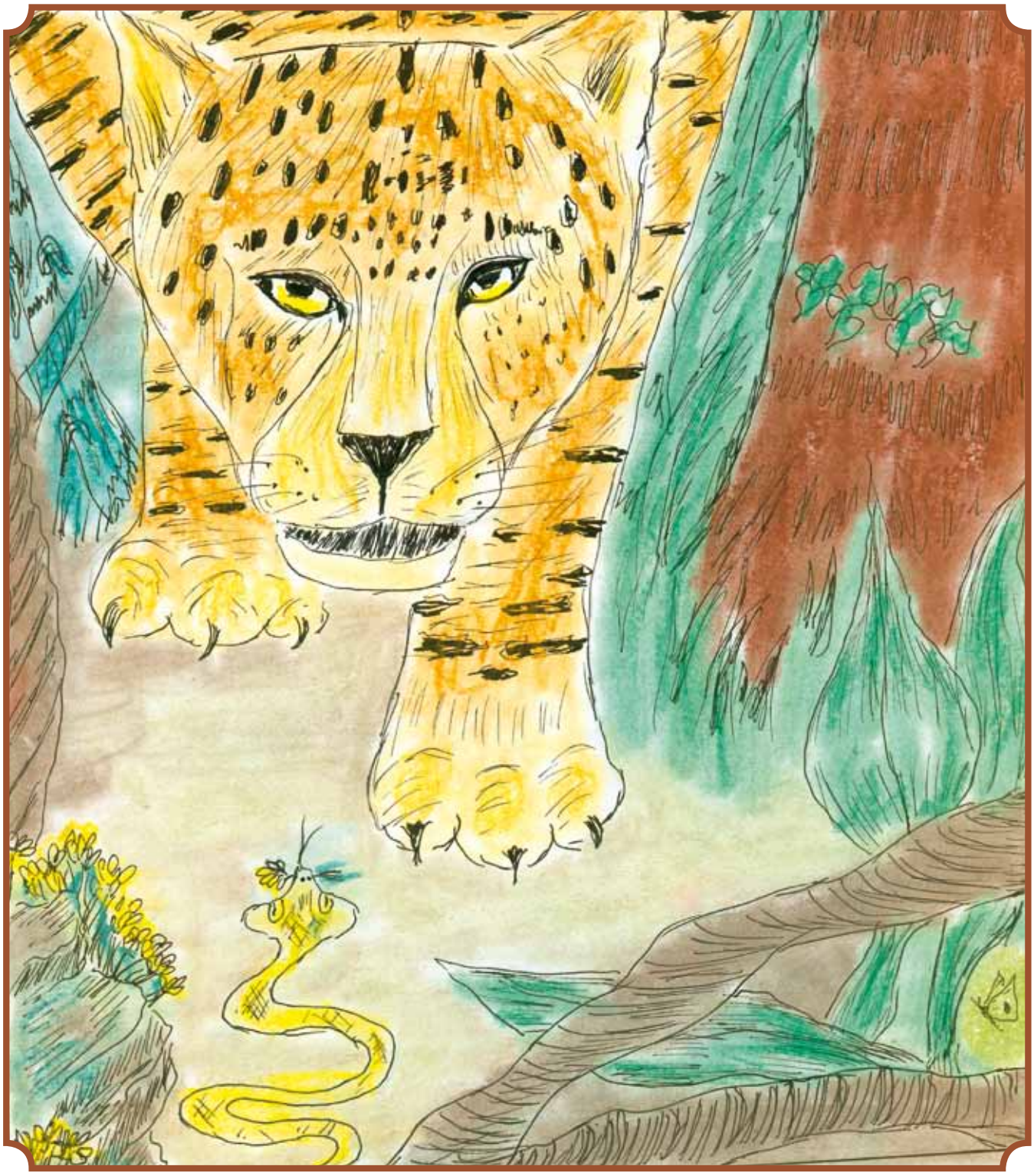
—Tú mejor que no hables. Siento especial placer en comerme a lagartijos como tú. Por si no lo sabes, representáis un buen aperitivo en mi dieta, antes de salir a cazar. Así que sería excelente para ti, si no te vuelvo a ver —decretó el Jaguar.

Palmer desapareció como una exhalación, asustado, en busca del rastro de Shelma.

—¿Y dices que quieres contar la vida del parque nacional de Cahuita desde el punto de vista de una serpiente como tú?

—Sí, quiero que los humanos conozcan nuestras costumbres para que así aprendan a respetarnos como animales y dejen de comercializar con nosotros y matarnos a su antojo.

—Interesante proyecto. A ver, qué podemos hacer por ti... —comentó el jaguar, comenzando a dar vueltas en círculo por el bosque, como si anduviera reflexionando.



Sybila y Lincon el Jaguar chamán

Sybila y Lucrecia se miraron bajo los destellos que emitía la luciérnaga, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¡Ya lo tengo, ¡Te enseñaré una planta que te hará invisible! ¡Sígueme!

Anduvieron un largo trecho; Lincon trotaba y Sybila le seguía con dificultad, deslizándose sobre aquel arduo terreno montañoso. Vadearon un riachuelo de aguas cristalinas que descendía semi oculto entre la pared de la montaña.

—¡Recuerda que has de comer solamente una hojuela, cada vez que quieras desaparecer! —le advirtió el Jaguar, con expresión muy seria, una vez que hubo localizado la planta que buscaba.

—Coge este manojo de hojas, sujétalo con tus colmillos y no lo pierdas. Cuando estén secas podrás comerlas.

Sybila cortó con sus colmillos el manojo de hojas, de minúsculo tamaño y lo sujetó entre sus dientes.

—¿Usted cree que funcionará. Señor Chamán, Lincon?

—Sin duda, pequeña. Sólo así podrás asistir a las clases de los niños humanos sin ser vista. Aprenderás a leer y escribir y después de aplicarte mucho en la instrucción, conseguirás entonces realizar tu verdadero sueño: Contar como es la vida de los animales

salvajes de la selva de Cahuita, desde el punto de vista de una Oropel. El único pero de este julepe es que si utilizas tu invisibilidad para cazar, el encantamiento se volverá en contra, y tú serás la cazada.

—¡Vaya! ¿Entonces, como volveré a dejar de ser invisible? —quiso saber Sybila.

—Tendrás que esperar hasta el siguiente crepúsculo —dijo él.

—No entiendo. ¿Qué crepúsculo?

—Por ejemplo, si te haces invisible en el crepúsculo de la mañana, tendrás que esperar al crepúsculo de la tarde para volver a ser visible. Tiempo que puedes aprovechar para dormir relajada en cualquier lugar. Y ahora, si no tienes más preguntas, debes irte. El día está a punto de llegar, y antes de dormir, aún quiero llevarme algún bocado a mis fauces —comentó Lincon, dando por finalizada aquella consulta—. Ah, recuerda que este encantamiento sólo funcionará en los crepúsculos. Y no abuses de él en ningún momento, esto es importante que lo entiendas.

Sybila se quedó pensativa, ante la mirada imperturbable del negro gatón.

—Vamos, te acompañaré hasta el lugar donde nos encontramos. Después, nuestros caminos se separarán de nuevo.

—Como usted diga, señor Chamán —indicó la pequeña serpiente, que seguía nuevamente los pasos del jaguar.

Las primeras luces del día, llegaron a la montaña, cuando el Jaguar y Sybila llegaron al sitio señalado. Lucrecia había acompañado a Sybila durante todo el camino, si bien a Lincon le eran indiferentes las mariposas, luciérnagas y polillas.

—Que tengas suerte y que la luz te acompañe en tu viaje — dicho esto, el enorme jaguar negro se dio media vuelta y desapareció entre la maleza de aquel bosque selvático y montañoso.

—Estupendo Sybila, Lo has conseguido. Vamos, debemos cruzar el río antes de que el sol empiece a crujir —comentó Lucrecia, llena de júbilo, sobrevolándola en cuanto estuvieron a solas.

—Sí, pero tenemos que encontrar a Palmer, no podemos dejarle aquí —señaló Sybila.

—¡A saber dónde se habrá metido! Me apostaría algo a que ese pendejo anda enredado con esa perra oriental —pronosticó Lucrecia.

—No te extrañe, aún así, hemos venido los tres juntos y regresaremos los tres juntos. Ahora podremos regresar a Cahuita sin ser vistos.

—¿Lo dices por esas hojas que te ha aconsejado comer el jaguar para ser invisible, verdad?

—¿Estuviste espiándonos, eh? —bromeó Sybila, mientras descendían la montaña.

—No pude evitarlo. Si bien, yo no necesito ser invisible. Mi presencia no molesta ni asusta a nadie —explicó la luciérnaga, quien guió a la dulce serpiente, hasta que llegaron a un pequeño altiplano donde Shelma y Palmer se hallaban esperándoles, a la sombra de un majestuoso y frondoso árbol milenario.

—¡Sybila! ¡Qué alegría verte! Estaba preocupado al haberte dejado sola ante semejante bestia —exclamó Palmer saltando agitado, debido a la excitación.

—Palmer, Lincon es un Chamán y tiene que cumplir con el código de honor establecido. De lo contrario todos los animales de la selva se le echarían encima —explicó Sybila.

—¿Tú crees? Pues mira como me ha tratado a mí —se quejó Palmer.

—Te ha advertido pero no te ha comido. Sólo ha confesado que para él eras un bocado irresistible, nada más. Por eso te aconsejó que te quitaras de su vista —repuso Sybila.

—Shelma, nosotros nos vamos —dijo de pronto, Lucrecia.

—¿Tú que vas a hacer? —preguntó Palmer a la perrita.

—Oh, yo me quedo por estas tierras. Veréis... hay una familia de humanos Bribrís que tiene dos hijos pequeños. Ellos siempre me traen comida y me dicen cosas bonitas para que me vaya a vivir con ellos, pero a mi me gusta ser libre y no tener que rendir cuentas a nadie de mis andanzas... Estoy enfadada con los humanos pero ya veré... tal vez el próximo invierno me vaya con ellos.

—Cómo quieras. Aquí estás muy bien y vives tranquila. No te imaginas como es la selva de Cahuita —reveló Palmer, mientras miraba a Shelma y de este modo, se despedía

de ella. La perrita le dio un lametazo cariñoso y a Sybila le quiso dar otro, pero ella le silbó, mostrando su delgada lengua que se movía con apresuramiento. Shelma se apartó enseguida, en tanto los demás amigos, reían la broma de ambos.

A continuación, tras despedirse de Shelma, se encaminaron hacia la orilla del río, donde partían las barcas. Palmer accedió a comer un trocito de una de las hojas que ya se había secado, pues era un animal muy pequeño y no necesitaba comer mucho. Así que no les supuso ningún peligro viajar en barca y subirse en los diferentes camiones que fueron encontrando a lo largo de las diferentes carreteras.

Llegaron a Cahuita en el mismo día, justo cuando anochecía. Viajaban en el camión de los artículos de limpieza. Entonces, Lucrecia les avisó de que se estaban haciendo visibles.

Sybila y sus amigos se despiden de Shelma

—Chicos, estamos llegando, pero me temo que vais a tener que saltar antes de que os descubra el conductor, o sino, tendréis que comeros otra hojita.

Agotados como siempre, Palmer tardó en reaccionar, comentando:

—¿Qué? ¿Nos comemos otro trocito de hoja? Estoy muerto. No estoy para saltar del camión otra vez a la desesperada. Me gustaría dormir tres soles.

—Sí, tienes razón, creo que te acompañaré. Hasta podríamos dormir juntos.

Dicho y hecho, Sybila y Palmer masticaron otro trocito de hoja, regresando a su invisibilidad. Siendo así como los tres amiguitos, Palmer, Lucrecia y Sybila regresaron sanos y salvos, al parque de sus sueños: Cahuita...

... Palmer y Sybila se despertaron durante el crepúsculo siguiente. Lucrecia ya se encargó de ello.

—Chicos, os vuelvoo a veer! —canturreó la luciérnaga.

—Buenos días, Lucrecia. ¿Sabes algo de mi mamá? —fue lo primero que salió de la boca de la dulce serpiente, después de abrir los pegados ojos.

—He oído decir que se ha largado con un portentoso serpiento Oropel, llamado Batisto. Por lo escuchado, se cansó de esperarte y como ya estabas criada lo suficiente...

—Hm... la echaré de menos.

—Lo sé. Si bien, cada uno de nosotros tiene que vivir su propia vida, Sybila. ¿No lo olvides, nunca? —le comentó Lucrecia maternalmente, posándose entre los ojos de la serpiente Oropel, por primera vez.

—Me pregunto si la volveré a ver —alegó Sybila con un deje de melancolía.

—Eso será un enigma, hasta que se despeje, Sybila —dijo de pronto Palmer, quien se acababa de despertar, al escuchar los murmullos de sus amigas.

—En fin, entonces me dedicaré a cumplir mi sueño —concluyo Sybila...

Sybila aprende a escribir

Epílogo

El paso de los soles y las lunas condujo a Sybila a tomarse muy en serio su empresa de ir a la escuela. No sólo lo consiguió sino que enseguida aprendió a leer y a escribir, a sumar y a restar... Como no tenía manos ni dedos, tuvo que instruirse con la boca. Se las agenció para descuidar un bolígrafo y un trozo de celulosa en la pulpería de los chinos. EL manojo de hojas que le proporcionaba invisibilidad le duró el tiempo suficiente para aprender a leer y escribir con fluidez. Después, ya no necesitó regresar a la escuela de niños. Además, el comportamiento de los niños humanos le resultaba extrañísimo a Sybila, no comprendiendo como siento tan pequeños, eran tan crueles y tiranos entre ellos.

El caso es que la dulce serpiente repasaba lo aprendido en el bosque, hasta que una tarde supo que había llegado el momento de contar por escrito, la verdadera historia de la vida de los animales del parque nacional de Cahuita descrita por una serpiente Oropel. ¿Cómo? No tenía ni idea. Necesitaba gran cantidad de papel y tinta, materiales de los que carecía.

—Eso va a ser un gran obstáculo —pensó Sybila.

Josette, la mona capuchina que había nacido en la misma luna llena que Sybila, apareció en el momento oportuno para la dulce serpiente. Al menos, eso fue lo que Sybila pensó, después de tener que contarle los mil avatares sufridos desde la última vez que se vieron, justo antes de viajar a Manzanillo, cuando Sybila fue a consultar el Oráculo del Gran Manatí.

—Vaya, no has perdido el tiempo, Sybila. ¡No sabes cuanto me alegro de volver a verte! —exclamó la mona capuchina, dando una voltereta para mostrar su alegría—. Así que ya sabes leer y escribir. Vas a escribir varios libros, como prometiste, ¿eh? ¡Bueno, bueno! ¿Quién se lo hubiera imaginado?

—Todo es cuestión de ser firme en cumplir tus sueños.

—Por cierto, ¿Sabías que hay un viejo mono pelado cuyo nombre es Wallace, que vive con un montón de serpientes? —comenzó a explicar, Josette, siendo interrumpida por Sybila.

—Alguna vez escuché algo... ¿Y qué?

—La iguana Rica ha oído decir que ese tal Wallace, entiende el lenguaje de las serpientes. No sé... tal vez ese viejo mono pelado podría proporcionarte papel, tinta, ayudarte a publicar y supongo que distribuir tus libros —propuso Josette.

—¿Tú crees?...

—Como lo estás oyendo. No debe ser mala gente si se entiende con los de vuestra especie. ¿Por qué pones esa cara?... ¡Espera! No me digas que después de haber ido a las tierras Bribrís y volver sana y salva, vas a tener miedo ahora de conocer a ese tipo?

—No es eso...

—¿Entonces, dónde está el problema?

—¿Y si se ríe de mí?

—¡Vamos, Sybila, ese hombre no es como los demás. Te recuerdo que cohabita con un montón de serpientes.

Al final, la dulce serpiente Oropel se dejó convencer por Josette, quien le acompañó a consultar a Rica —la iguana adulta de siete kilos—, la dirección del viejo mono pelado, amigo de las serpientes. Rica, ratificó las palabras de Josette acerca de Wallace y su amistad con las serpientes, explicando que vivía por una de las mansiones que había cerca de Playa Negra.

—Si sabes leer no tendrás problema en encontrar su morada. Encontrarás una proclama anunciando su negocio. Es muy conocido porque los monos pelados vienen desde muy lejos a ver sus serpientes. Su casa se llama Serpentario Wallace.

Sybila escuchó atentamente, las palabras de Rica, quien a su vez, exigió a Sybila que le contase sus andanzas por Manzanillo y las tierras Bribrís.

Sybila se había hecho famosa en el parque. Probablemente, sería recordada por sus aventuras a lugares tan lejanos y también por su gran proeza de haber aprendido a leer y a escribir el lenguaje de los humanos en la escuela de los niños, sin ser vista. Empezaba a

ser consciente de ello, pues todos los animales que encontraba en su camino, la pedían que por favor, les hablase de esas tierras tan insondables para todos los animales de Cahuita. Sybila, se armaba de paciencia y les hablaba uno a uno de sus andanzas y enseñanzas...

... Pero ahora, no quería perder más tiempo. Primero, tenía que ir a hablar con Wallace, el hombre que entendía el lenguaje de las serpientes. Con un poco de suerte, ese humano le proporcionaría tinta, pluma y papel para poder escribir su historia.

Escogió una madrugada brumosa para ello. Palmer y Lucrecia, sus infatigables amigos la acompañaban. Cuando llegaron a Playa Negra, Sybila leyó en un anuncio que el Serpentario Wallace no se encontraba muy lejos de la avenida de Playa Negra, así que no tardaron mucho en dar con la mansión

Wallace se sorprendió de semejante visita. Quedándose maravillado en la contemplación de aquel ejemplar de Oropel. Y es que Sybila, se había ido transformando con el transcurrir de los días en una enorme serpiente adulta, sin que ni ella misma se hubiera dado cuenta, ensimismada siempre en su aprendizaje de leer y escribir.

Desde el principio supo que Wallace entendía el lenguaje de las serpientes, situación que le facilitó la explicación de los motivos de acudir a verle.

Wallace se la encontró en el jardín de la entrada al Serpentario, no obstante no la reconoció como un ejemplar de los suyos.

—¿Qué haces tu por aquí, amiga? ¿Acaso vienes buscando amparo? —preguntó Wallace, agachándose, aunque sin confiarse demasiado. Sabía que las serpientes en cualquier momento, se sentían agobiadas y... ¡Chup, chup! ¡Picotazo!

El encuentro de Sybila y Wallace

—No. En realidad, vengo a hablar con Wallace, el regente de esta casa.

—Yo soy. ¿Y cuál es el propósito de tu visita?

Sybila le reveló sus intenciones, mientras Wallace luchaba por no esbozar una sonrisa.

—¿Así que eres tú? ¡Vaya, por fin te conozco! Las serpientes que viven conmigo ya me han hablado de ti... ¡Tiene gracia! ¡Una serpiente Oropel que sabe leer y escribir! ¡Que encima quiere escribir libros!

—Más extraño es que usted entienda y hable el lenguaje de las serpientes —señaló Sybila, sin achantarse.

Ambos se observaron sin decirse nada, durante unos segundos infinitos, ante la atenta mirada de Palmer y Lucrecia, quienes contemplaban la escena escondidos entre unas llamativas flores rojas.

—¿Y qué quieres que yo haga por ti? ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Me llamo Sybila y necesito papel, tinta y una pluma de bambú. Se lo pagaré cuando usted haya publicado, distribuido y vendido algunos de mis libros.

—Nadie nos creerá —repuso Wallace.

—¿Y a quién le importa? Les quedará la duda siempre. Nunca sabrán si los libros los escribió una serpiente, o fue usted con ayuda de su imaginación. Lo que importa es la fragancia del mensaje.

—Hablas como una verdadera artista. Sí... podría suceder que... —Wallace dejó la frase a medias, arrollado por el ímpetu de la serpiente Oropel.

—¡Vamos a cambiar el mundo, Wallace! ¡Les vamos a explicar y enseñar a los humanos, que los animales salvajes tenemos sentimientos y queremos que se respeten nuestras vidas! Del mismo modo que nosotros respetamos las suyas. Además, usted forma parte de nuestro equipo. ¿No sé da cuenta de lo que eso representa?

—Hmm... puede que tengas razón. ¡Ya es hora de que la opinión de los animales salvajes cuente! No te preocupes, Silvana, la tinta y el papel corren de mi cuenta.

—Me llamo Sybila —matizó la serpiente.

Wallace después de estar de acuerdo con Sybila acerca de sus peticiones, le trajo comida y agua. Circunstancia que ella agradeció. A continuación, fue a buscar papel, pluma y tinta. Cuando regresó, lo hizo acompañado de tres grandes cuadernos, un frasco de tinta y una hermosa pluma de bambú.

—Aquí, tienes, amiga. Te los dejaré en el lugar del bosque que tú me digas. Tendrás que regresar aquí, cuando hayas acabado uno de tus libros. Yo tengo mucho trabajo y no puedo abandonar mi Serpentario todos los días, ¿de acuerdo?

A Sybila le pareció bueno el plan de Wallace. Siendo así, como paso a paso, Sybila pudo realizar su gran sueño:

Contar en tres libros la vida de los animales salvajes desde el punto de vista de una serpiente Oropel.

Wallace se encargó de editar y publicar la obra de Sybila, a quien le pareció de excelente factura. Comentándole a Sybila que había disfrutado mucho con la frescura e inocencia del lenguaje empleado. En cuanto el libro salió a la venta, el rumor de que una serpiente se había convertido en escritora y que había publicado un libro, corrió y corrió, extendiéndose rápidamente por todo el Caribe, por el resto de Costa Rica a continuación, y después por todo el Planeta.

Se vendieron libros a pares Siendo así, como a partir de entonces, los seres humanos empezaron a comprender que a los animales, árboles y plantas de todo el Planeta Tierra había que respetarlos, pues eran seres conscientes que sentían, igual que nosotros.

Para sorpresa de los animales salvajes y también para Sybila y sus amigos, aquello supuso un cambio radical en sus vidas, dado que la mayoría de los Gobiernos de todo el Planeta, prohibieron un buen día que se volviese a talar un sólo árbol, impidiéndose también la caza y el comercio de animales salvajes, bajo ningún pretexto.

Como consecuencia de todo aquello, a Sybila la hicieron un espléndido homenaje por sorpresa,

Sybila termina su libro

en el parque nacional de Cahuita. Fueron sus amigos los que se encargaron de reunir en secreto a todos los animales que fueron encontrando, celebrándose una gran fiesta de Luna Llena, donde todas las especies hermanadas aclamaron su nombre.

Los monos pelados estaban cambiando y eso había que festejarlo. Bibiana y su pareja el serpiento Batisto, también se dejaron ver ante los ojos de felicidad de Sybila, quien nunca se imaginó que sería tan querida por el resto de animales salvajes. Además, las ranas, grillos y monos más atrevidos, cantaron sus canciones compuestas especialmente para esa noche, siendo las anécdotas de los animales más ancianos que habían logrado sobrevivir a los océanos del tiempo, las que provocaron más hilaridad y diversión entre todos los presentes... La armonía sin necesidad de seguir arruinando el Planeta era posible y eso era lo que los animales salvajes querían enseñar a los monos pelados, más conocidos como mono sapiens.

Colorín colorado... este cuento se ha acabado.

Fin

Personajes En El Cuento:

- Sybila: la dulce serpiente Oropel.
- Rica: iguana adulta de 7 Kg.
- Bibiana: serpiente Oropel, madre de Sybila.
- Federica: pequeña mapache.
- Nelson: anciano mono capuchino, visitador de los monos sapiens.
- Edelmira: mona capuchina, visitadora de los monos sapiens.
- William: perezoso
- Josette: monita capuchina, nacida en la misma luna llena que Sybila.
- Lucrecia: Luciérnaga voladora nocturna.
- Lincon: EL Jaguar Chamán que habita en las montañas de Talamanca.
- Palmer: lagartijo polizón que viaja en el camión de hortalizas.
- Roy: El Gran Manatí que habita en la laguna de Gandoca, en Manzanillo
- Vera: Tortuga Verde Laúd de Manzanillo.
- Johnson: Tapir de Manzanillo
- Jennifer: rana verde fosforescente, amiga del Gran Manatí
- Shelma: perrita solitaria, que vive en tierras Bribrís.
- Batisto: Serpiento, novio de Bibiana.
- Wallace: viejo mono pelado, amigo de las serpientes

Algunos personajes del cuento, captados al descuido...

Sybila dormitando en el parque de Cahuita, feb.-2011
Jossette, amiga de Sybila
Federica, la pequeña mapache
Lagartijo Palmer
El Gran Manatí y su chica
Tortuga Laúd
Mar Caribe, Cahuita
William, el perezoso
Manglares de Cahuita
Shelma, 2 años
Lincon, el Jaguar Chamán

Todo un mundo para ti y los tuyos

Los largos horarios de trabajo, las responsabilidades y la rutina diaria impiden encontrar tiempo para pasar con la familia. El momento de las vacaciones se convierte en la ocasión ideal para estrechar los lazos familiares y disfrutar con los hijos.

Viajar en familia es una excelente oportunidad para explorar el fascinante mundo que nos rodea mientras disfrutas de un tiempo de calidad. Sin duda es una ocasión enriquecedora que ofrece experiencias de aprendizaje para todo el grupo familiar. Si quieres viajar con tu familia, y no sabes que destino o tipo de viaje realizar, déjanos ayudarte a planificar tu viaje con ideas y sugerencias de itinerarios que hemos desarrollado, pensados para que puedas disfrutar de unas vacaciones especiales.

Tenemos diferentes posibilidades para ofrecerte, que reúnen una serie de ventajas y que ofrecen todo tipo de actividades para divertirse en familia. Se trata de vivir experiencias con gente de otras culturas, comer otro tipo de comidas, aprender y más importante aún, pasar más tiempo con tus hijos.

Vacaciones en familia es estar juntos, divertirse, aprovechar un tiempo de calidad y compartir es la prioridad, no importa si estas en un 4 x4 en la sabana africana, paseando en un buggie por una playa brasilera o caminando por la selva de Costa Rica.

Comenzar a viajar con ellos desde que son pequeños los convertirá en ciudadanos del mundo, creciendo en la diversidad y valorando a veces aún más lo que tienen, aprendiendo de otras culturas y formas de vida.

TARANNÀ
CLUB DE VIATGES

Vallespir, 174 - 08014 Barcelona - Tel. 93 411 83 73 - Fax: 93 491 36 51 - email:taranna@taranna.com

www.taranna.com

Esta es la historia de Sybila,
la dulce y pequeña serpiente Oropel
que quería ir a la escuela,
como los demás niños.